

# **CRISTOBAL DE MOLINA**

**J. H. U. S.**

RELACION DE MUCHAS COSAS ACAECIDAS EN EL PERÚ EN SUMA, PARA ENTENDER A LA LETRA LA MANERA QUE SE TUVO EN LA CONQUISTA Y POBLACION DE ESTOS REINOS, Y PARA ENTENDER CON CUANTO DAÑO Y PERJUICIO SE HIZO DE TODOS LOS NATURALES UNIVERSALMENTE DE ESTA TIERRA; Y COMO POR LA MALA COSTUMBRE DE LOS PRIMEROS SE HA CONTINUADO HASTA HOY LA GRANDE VEJACION Y DESTRUCCION DE LA TIERRA; POR DONDE EVIDENTEMENTE PARECE FALTAN MAS DE LAS TRES PARTES DE LOS NATURALES DE LA TIERRA; Y SI NUESTRO SEÑOR NO TRAE REMEDIO, PRESTO SE ACABARAN LOS MAS DE LOS QUE QUEDAN; POR MANERA QUE LO QUE AQUI TRATARE MAS SE PODRA DECIR

## **DESTRUCCION DEL PERU,**

QUE CONQUISTA NI POBLACION

Es de saber que esta conquista se principió en el año de 1529 por los gobernadores Pizarro y Almagro, siendo vecinos de Panamá, descubriendo con navíos pequeños desde allí, por esta costa del Sur, primeramente los manglares y río de San Juan, donde comenzaron a tomar joyas de oro de los indios, las cuales cebaron a los españoles y les pusieron el ánimo para descubrir más adelante, hasta que llegaron a la bahía de San Juan y de San Mateo, que eran dos pueblos de mucha gente rica y razonablemente vestida, y de allí llevaron diez a doce mil pesos, con que tornaron a armar; y de otro viaje llegaron a Túmbez, pasando y descubriendo por la costa el pueblo de Atacames, que era una grande población y muy rica y otras muchas poblaciones ricas muy domésticas hasta que llegaron a Río de los Caraquis y las provincias de Tarapoto y Puerto Viejo hasta la Punta de Santa Elena y así mismo la isla de la Puná, toda tierra muy rica y muy poblada, y fueron a parar al pueblo de Túmbez, puerto adonde ahora todos los más navíos que vienen al Perú vienen a surgir.

Allí vieron una fortaleza muy bien labrada del Inca, y con lo que recogieron de toda esta tierra, porque otro fin no traían estos descubridores, se volvieron a Panamá con propósito de pedir aquella conquista al Rey, y así fue el Marqués Pizarro a Su Majestad, año de 29, a Castilla y llevó las muestras de las ovejas y pidió la conquista y gobernación de estos reinos; y Su Majestad le dió doscientas leguas, desde la bahía de San Mateo adelante, que es el principio de la entrada de estos reinos, que está ahora esta ciudad de los Reyes, por la costa hacia Panamá, en Tierra Firme que dicen, casi trescientas leguas por tierra y es debajo de la línea de aquél cabo, y este pueblo está en más de trece grados.

El Marqués Pizarro fue, como digo, el año 1529 a Castilla, teniendo por compañeros al gobernador Pedro Arias de Avila y al padre Luque, clérigo, cura de Panamá, y a Don Diego de Almagro, aunque el gobernador Pedro Arias de Avila, como gobernara a la sazón a Nicaragua, y la tenían por lo mejor de estas partes, a la sazón por persuasión de los tres compañeros se dejó de la compañía, y esto fue antes de que se descubriera la grandeza de esta tierra, por no gastar ni tener trabajo para venir a los manglares, que es la más trabajosa tierra de estos reinos.

Luego negoció el Marqués la gobernación, y vino por adelantado y gobernador de las doscientas leguas que dije; y cuando llegó, ya su compañero le tenía aparejado gente y navío y pasó hasta con ciento y tantos hombres, y fué corriendo las costas muy despacio y deteniéndose de pueblo en pueblo muchos días, y dejaba asentado con su compañero Almagro que porque le parecía que llevaba poca gente y caballos, hiciese otra armada luego tras ésta, y le fuese en seguimiento y socorro; y así le iba poco a poco esperando por las provincias de Puerto Viejo, Santa Elena, la Puná y Túmbez, donde toda la tierra le salía de paz y le recibían con gran servicio, dándole de comer a él y a sus amigos, digo suyos, muy abundantemente, allende de lo que ellos tomaban a los indios y de los daños que les hacían, que eran muchos.

A la nueva de la tierra vino el capitán Hernando de Soto, a la sazón, de Nicaragua, y Benalcázar, con mucha gente y caballos, y desembarcaron en la Puná, y de allí se pasaron a Túmbez y se juntaron con el Marqués, y con éstos allegó el Marqués casi doscientos hombres; y entróse la tierra adentro por la costa, y llegó a Huancavelica, donde pobló el pueblo de San Miguel (Piura). Vista la grandeza de la tierra y los caminos del Inca tan anchos y tan insignes, y tomada relación de lo que adelante, tuvo noticia cómo todos aquellos edificios eran casas principales del Inca, y que aquél gran camino era el que guiaba a donde el gran señor de toda esta tierra residía, que se llamaba el Cuzco, cuyo señor era el Inca; y dejando allí en aquél pueblo algunos españoles con hasta 150 de a pie y de a caballo, se fué por los llanos, admirado de la grandeza de ellos y de la mucha cantidad de indios, y de la policía y vestidos de ellos. A la sazón del Inca estaba en Cajamarca, que era hasta sesenta leguas de aquí, poco más o menos, en la sierra; y como tenía noticias que habían entrado en su tierra españoles y que eran tan absolutos que en las haciendas y personas de los indios y sus mujeres, hacían lo que les daba a la voluntad, envió a ver qué gente era, con uno de aquellos Incas que él traía consigo, el cual pensando que su señor bastaría para prender aquellos españoles, les indujo por señas que fuesen hacia donde su señor estaba, y les daría mucho oro y plata y ropa, que era lo que el entendía que los españoles buscaban.

Y los españoles guiaron allá, y llegaron donde Atahualpa estaba, sucedió lo que es público y notorio, que sin pelear el señor, antes pidiéndoles que le devolviesen lo que habían robado en su tierra, y que luego serían buenos amigos, lo acometieron de una celada donde estaban, y mataron grandísima cantidad de indios y prendieron al dicho Atahualpa, y robaron gran cantidad de oro y plata, ropa y ovejas, indios e indias de servicio; cada español de los que allí iban tomaron para sí muy gran cantidad, tanto que, como andaba todo a rienda suelta, había español que tenía 200 piezas de indios e indias de servicio que, con el gran temor que les habían tomado los naturales por las grandes muertes que en ellos habían hecho, por más seguro se tenía el que los servía, y la india más acepta a los españoles, aquella pensaba que era lo mejor,

aunque entre estos indios era cosa aborrecible andar las mujeres públicamente en torpes y sucios actos, y desde aquí se vino a usar entre ellos de haber malas mujeres públicas, y perdían el uso y costumbre que antes tenían, de tomar maridos; porque ninguna que tuviese buen parecer estaba segura con su marido, porque de los españoles o de sus yanaconas era maravilla si se escaparan.

Así mismo, como cada español cargó de tan gran cantidad de gente de servicios, para que comiesen, era menester no guardar orden en los ganados, y así lo hacían en tanto grado que aconteció muchas veces algunos españoles para solamente sacar los tuétanos, matar diez o doce ovejas.

Yo diré lo que ví tres años después de esto en el Cuzco: un español entró de noche en un corral de otro y hurtóle 50 ó 60 ovejas, y aún creo que eran más, y aquella noche las degolló todas; y otro día como el otro halló su ganado menos, y echó mucha gente para que se lo buscasen, y espieron el corral y casa de aquél español, y hallaron todas las ovejas muertas, que cada una era tan grande como una ternera; a éste dió la justicia cien azotes, no porque hurtó, sino porque las degolló, que si por el hurto fuera, también el otro las había hurtado. En ese tiempo y más de doce años adelante, no había español, por pobre que fuese, que pasase por pueblo o caminase que le habían de dar oveja y cordero para comer él y sus piezas, y si el cacique o señor no se lo daban, le molía a palos, y si diez españoles caminaban juntos, a cada uno debían de dar poco menos de lo que digo, en patos, perdices, pescados y frutas, y todo aquello que entendía que había en el pueblo; y cuando sobre todo esto no les servían de harta yerba para los caballos., aunque traían siempre ordinariamente mucho maíz, hacían talar por tierra los maizales o echaban en ellos los caballos de día y de noche, hasta que lo destruían todo, sin haber español ni justicia que lo defendiese ni amparase.

Aquí en Cajamarca estuvieron los españoles casi un año esperando el socorro de Almagro que había de venir de Panamá, porque sin él no osaban ir adelante la vía del Cuzco, el cual llegado en este tiempo con otros 150 hombres de a pie y de a caballo, partieron y caminaron hasta Jauja. Ya en este tiempo habían enviado por el oro y plata de Pachacamac, que fue muy gran cantidad; y el pobre de Atahualpa, dado su rescate, de que con él y con lo de Pachacamac y otro mucho que recogieron, hicieron las partes de Cajamarca, y la conclusión de ellos fue que sin ocasión alguna, mataron a Atahualpa y lo quemaron, y aún se repartieron de sus mujeres y casa por los más principales; y aquí acabó el señorío de este señor tan desventuradamente que pone lástima a los que tienen alguna humanidad en el pecho; e hiciéronle cristiano al tiempo de la muerte, y amonestándole al tiempo que ya estaba certificado que había de morir, preguntó que si él se hacía cristiano, si le darían la vida, y respondido que no, que hacerle cristiano no era sino para que muriendo cristiano, se iría al cielo a gozar de Dios Nuestro Señor, el cual dijo que, pues así era, que le hicieran cristiano, y eso sin más instrucción en las cosas de nuestra santa fé católica, como cuando avezan a uno a leer le dicen, esta es una A, o se llama A, y nunca le dicen más; le mataron, de manera que no pudo aprender más de aquello que se le olvidaría luego, según el peligro de la muerte en que le tenían puesto, según razón natural, aunque la misericordia de Dios Nuestro Señor y la obra del Espíritu Santo, es sobre todas las cosas y pudo dolerse de aquella injusta muerte que le hacían.

Puestos los españoles en Jauja, que era un valle de tierra fría, fértil y muy abundoso, y de mucha cantidad de gente y grandes poblaciones y edificios, parecieron que debían poblar allí, y la demás gente siguiesen adelante la vía del Cuzco, y así lo hicieron, dejando allí por caudillo al tesoro Riquelme, echando por delante al capitán Hernando de Soto, con cierta gente de a caballo; los demás yendo en su seguimiento, iban desbaratando toda la gente de guerra de Atahualpa; y ganándoles los pasos y lugares donde estaban sin resistencia, con sólo perder cinco españoles de los que llevaba, que le mataron los indios de Atahualpa en la cuesta de Villacunca, que es seis leguas del Cuzco, la tomaron y se apoderaron de ella.

Y es de saber que la gente toda de la tierra salía de paz a los españoles, y les favorecía contra aquella gente de guerra del Inca Atahualpa, porque los tenía en gran odio, porque los había desposeído de otro señor principal que había en el Cuzco, que se llamaba Huáscar, que era hermano del dicho Atahualpa, al cual esta gente de guerra mataron, y les hacían a los naturales grandes extorsiones y robos, y a bien de que no eran naturales de esta tierra; porque como Atahualpa era de Quito natural, y había nacido allí por ser hijo de Huayna Capac, que fue el universal señor de todos estos reinos, pretendía serlo él y desposeer a su hermano, como lo hiciera si los españoles a la sazón no vinieran a la tierra, que se lo estorbaron y tomaron la empresa para sí, matando al dicho Atahualpa y deshaciendo toda su gente y guarniciones.

Llegados los españoles al Cuzco y apoderado de él, hallaron allí una ciudad muy populosa y muy rica en oro, plata, ropa y mantenimientos; en la que habían depósitos muy grandes de todas las cosas de la tierra en gran abundancia, grandeza de oratorio de su idolatría, y la casa del Sol con todo su servicio de oro y plata. En especial hallaron en ella doce hazones (columnas) de plata hacendrada que cada una sería de altor de una buena lanza que no las abarcaban dos hombres; en un pueblo hallaron una casa de plata con sus vigas y tablazón bien gruesa; y de ésto y de otra mucha cantidad de oro y plata

hicieron otras partes, y en término de más de otro año, nunca entendieron sino en recoger oro y plata, y hacerse todos ricos y abundantes de todas las cosas de la tierra; por la forma que en Cajamarca, por aquella orden y forma, y traía por refrán que aquella conquista no la hubieran de hacer con hombres comunes sino con hijos de príncipes; pues abundaban en tanto grado de tanto oro, plata, servicios de indios y mujeres; finalmente todo lo que a cada uno le venía a la voluntad de tomar de la tierra, lo tomaba, y ponía por obra, sin pensar que en ello hacía mal, ni dañaba ni destruía, porque era más harto lo que se destruía que lo que ellos gozaban y poseían.

En este tiempo, estando los gobernadores en esta ciudad, fueron avisados cómo el adelantado Pedro de Alvarado venía con una armada de ocho o diez navíos y más de quinientos hombres, desde las provincias de Nicaragua a estos reinos, y que pretendía meterse en ellos para hacer lo que los demás; y así mismo que Sebastián de Benalcázar, a quién el gobernador Pizarro había dejado por teniente de la villa de San Miguel, sin su licencia, a manera de alzado, había hecho gente de a pie y de a caballo de la que recogía de la que venía en socorro de la conquista; porque cada día venía gente de Panamá y de Nicaragua a la fama de las riquezas y robos que había tirado de vuelta de las provincias de Quito, que a la sazón tenía fama que había en ellas todas las riquezas de Atahualpa y de su padre Huayna Capac que allí murió.

Sabida la nueva, el Marqués proveyó a Don Diego de Almagro, su compañero, que fuese a la ligera con algunos de a caballo a volver a Benalcázar y a estorbar al Adelantado Alvarado que no se apoderase de la tierra; y en el entretanto el Marqués, estando en el Cuzco, se partió para los llanos, donde ahora está esta Ciudad de los Reyes; y en el camino se ocupó en repartir la tierra toda entre los españoles del Cuzco, y los que él tenía y traía consigo y estaban en Jauja; y tomada relación de los naturales de los indios que había de aquél cabo del Cuzco, doscientas leguas la tierra adentro, y por la costa y de todos los pueblos, y nombres de los señores y caciques de la tierra, les hizo repartimientos y les señaló a los españoles, dando por provincia de esta manera unas lejos o otras cerca, diciendo: que las de cerca eran para el servicio personal de la casa de cada español y suya y de aquí quedó esta pestilencia de servicio personal en estos reinos, que tan caro cuesta a los cuerpos y a las ánimas de los que se sirven, y los que sirven, aunque la costumbre ya la traían de Tierra Firme e islas, y de Nicaragua y la Nueva España, donde tanto se usaba.

Repartida la tierra de esta suerte, a la sazón solamente había en toda esta tierra tres pueblos poblados de cristianos, que eran: San Miguel, Jauja y el Cuzco, en más de ochocientas leguas de tierra a la larga, como es esta tierra, figurada por sierra y costas del mar, que desde Quito hasta las provincias de los Chichas. Y así, por temor a la venida de Alvarado que no se entrase en esta tierra, abarcó el Marqués Pizarro ochocientas leguas de tierra poblada con tres pueblos solos.

El Adelantado Almagro siguió desde el Cuzco su viaje, como tengo dicho, hacia las provincias del Quito, para hacer volver a Benalcázar y tomarle la gente que llevaba; y en harto breve tiempo anduvo más de cuatrocientas leguas y alcanzó ya metido en las provincias de Quito, y que había hecho mucha guerra y daño en aquellas provincias y muerto mucha cantidad de gente; y queriendo dar la vuelta otra vez al Cuzco, tuvo noticias cómo el adelantado Alvarado había desembarcado en los Caragues y provincias del Puerto Viejo, y se había metido la tierra adentro, y había salido, después de haber pasado grandes puertos de nieves, donde dejó gran cantidad de gente muerta, así de los españoles como de los naturales, de esta manera.

Este capitán desembarcó en la bahía de los Caragues y fué con su gente a la tierra de Puerto Viejo, que a la sazón estaba muy próspera, y en su integridad, y servía de buena voluntad a cuantos pasaban por allí y les daban gran aviamiento; y así lo hicieron con el adelantado Alvarado, el cual lo recibió de paz, y a la partida los tomaron a todos en prisiones, despojando y destruyendo los pueblos y saqueándolos, hicieron una brava prisión y destruyeron de tal manera, que toda aquella provincia quedó destruída hasta hoy, donde había más de veinte mil indios, se pueden hoy contar a dedo.

Y diré de lo que aquí después pasó: desde ha cuatro o cinco meses vino por allí otro capitán (Hernando de Galza), con poderes del Marqués Pizarro, para traer de paz aquella provincia, y haciendo algunas entradas y prendiendo alguna gente, la tornaba a enviar para que hablasen a los demás para que no temiesen; y entendido los caciques que no les pretendía hacer algún mal al presente, vinieron luego, de paz, e hicieronle un razonamiento harto de sentir para el que quiere tener alguna razón de hombre y no quisieren ser de los de la dañada opinión de estos reinos, que en general, de todos los que pretenden enriquecer por vía de indios, se ríen de todo cuanto dicen y tratan fuera de su provecho, diciendo: que ya son muy bachilleres y que es menester que sea hombre el que los ha de tener a cargo, como si ser hombre consistiese en hacer crueldades, robos y tiranías.

Dijéronle estos pobres indios al capitán Galza públicamente, delante de más de cien hombres que allí tenían: "nosotros te hemos venido a ver de paz, porque tuvimos noticias que eres el señor de los Túmbez, y sabemos que tratas bien aquellos indios que tienes a cargo; porque ciertamente si fueras otro, no nos fiaríamos de tí ni de ninguno de los españoles que pasan por aquí, y es la causa porque bien sabes tú que el viejo gobernador Pizarro, que por aquí pasó, y a

su compañero Almagro y a todos los españoles, nosotros les dimos todo lo que ellos quisieron de nuestras tierras, y aún les consentimos todo lo que ellos quisieron hacer y tomar; a todos les servimos muy bien y con gran voluntad, pensando que por ello no habíamos de recibir otro daño; y confiados de esto, vino aquí un capitán con ocho o diez navíos y con mucha gente y caballos; y pensando nosotros que por haber servido tan bien a Pizarro y a los demás, y que por servirlos a ellos no nos viniera otro mal ninguno, como este capitán Alvarado a los principios no los certificó, diciéndonos los que con él venían que era un muy gran señor y muy bueno y que era hijo del Sol y que no temiésemos; estuvo aquí siete y ocho días; y para entrarse para la tierra adentro de ésta, hacia las provincias de Quito, debajo de seguro, toda su gente se derramó por nuestra tierra, a robarnos y prendernos y echarnos en unas cadenas de día y de noche, tomándonos nuestras mujeres e hijas y matando a muchos de nosotros, como tú lo has entendido. Se metió por el valle de Tarapoto hacia las montañas, donde hasta hoy ninguna gente de la que llevó casi ha vuelto, y pensando que son todos muertos y que nunca más han de volver a su tierra los que fueron vivos. Y estamos espantados de la manera que tenéis todos vosotros de asolar y destruir las tierras; todos, por donde pasáis, no parecen sino tigres o leones que comen las gentes y las despedazan cuando están hambrientos; nosotros os destruiremos de aquí adelante, aunque no como solíamos, porque ya no somos la mitad de los que éramos, ni tenemos aquella ropa ni oro y plata que daros, porque todo nos lo han robado aquellos que pasaron por aquí. Y otras muchas cosas de gran compasión, si en estas partes la hubiera."

Este capitán los animó y consoló, y queriendo poblar esta tierra, enviaron los gobernadores sobre él otro, y sobre aquél otro. Y poblada, desde a muy pocos años, con sólo los dos pueblos que se hicieron, ahora, como digo, se contara a dedo la gente que en ella hay; porque la más de ella está ya yerma y despoblada de los grandes trabajos y vejaciones que continuamente estos indios han recibido; y esto baste cuanto a esta provincia de Puerto Viejo. Y pues se ofrece, no dejaré de decir lo que pasa en el otro pueblo, que se dice el pueblo de la Culata, que por otro nombre se llama Guayaquil, con que en muy poco tiempo creo que ya no quedará gente de los naturales que en ella hay, y es que hay unas montañas que se llaman manglares, a la mar, tierra toda de esteros y ciénaga, y unos árboles muy altos y muy derechos que se llaman mangles, y la madera de ellos es muy incorruptible y tan dura que hace pedazos las hachas con que la cortan.

Los vecinos de este pueblo, porque esta madera tiene precio en esta costa y en esta ciudad de Lima, mandan a sus indios que tienen encomiendas, que les corten de esta madera y darles tanta prisa que todo el año andan los tristes indios en estas ciénagas cortándola, y de media legua, más o menos, la llevan a la mar y embarcar; y es la madera tan pesada como el plomo, y allí revientan con ella; y se han muerto muchos indios y mueren cada día en este diabólico ejercicio; y ningún dinero se saca de estos mangles que no va untado y cuajado con sangre humana. Nuestro Señor Dios lo remedie por su infinita misericordia, que yo, cierto, no puedo escribir esto sin derramar muchas lágrimas.

Sabido el adelantado don Diego de Almagro cómo el adelantado Pedro de Alvarado había aportado por allí, reparó y lo esperó; y pasaron entre ellos muchas cosas y trances, tanto que estuvieron por hacer rompimiento y matarse la gente de estos capitanes, la una con la otra. Al cabo se concertaron que Almagro diese al adelantado Alvarado cien mil castellanos por toda la armada de los navíos y gentes que había traído, y se volviese a su gobernación de Guatemala. Concluido esto, Almagro pobló el pueblo de Quito, dejó por teniente de él a Benalcázar y allí quedó mucha parte de la gente que el adelantado Alvarado había traído. Incontinentemente se partió Almagro con el adelantado don Pedro de Alvarado, la vuelta del Cuzco, para pagarle los cien mil castellanos y que se volviese a su gobernación.

Es de considerar aquí, con estos bullicios, lo que padecerían los naturales de la tierra en servicios y encargos; porque todos caminaban con gran aparato de servicios y destrucción de los pueblos por donde pasaban. Y es de notar que tenían por costumbre los españoles de aquel tiempo, y los naturales de temor de verlos hacer tan absolutamente todo el mal que podían, de miedo se escondían y se salían del camino real, no osándolos servir porque no los llevasen ni desnaturasen a ellos, a sus mujeres e hijos; los iban a buscar por diversas partes, haciéndoles guerra y diciendo que estaban alzados, y que podían hacer de ellos libremente lo que quisieren; y los iban a ranchear y a robar y los llevaban en cadenas, y los tenían por habidos en justa guerra a ellos y sus bienes y los tenían por esclavos y en tomándolos les cortaban el cabello y les llamaban sus indios absolutamente; y si se les huían y los hallaban de allí a algún tiempo, se los mandaban dar y volver por suyos, y les daban los Gobernadores cédulas de encomiendas de ellos y de todas las piezas que tenían; de manera que indio o india que una vez entraba bajo el dominio de algún español, debía estar con él y servir toda su vida, sin poder disponer de sí, y aún hasta ahora dura esta pésima costumbre en las más partes de estos reinos.

Y el mejor derecho que uno tiene para servirse en estos reinos, de cualquier indio o india, por más libre que sea, es si ha mucho tiempo que le sirve, por manera que por donde estos tristes indios habían de ser más libres, son más esclavos, y por donde los españoles se habían más de convencer a hacer restitución y apartarse de molestar a estas gentes, por allí obran con ellas mayores molestias y vejaciones: ¡tan arraigada está la mala costumbre en estos reinos!

Caminando por sus jornadas el adelantado Almagro con don Pedro de Alvarado, desde las provincias de Quito, vinieron a la villa de San Miguel, que es la primera población que se hizo en estos reinos. Parecióle a Almagro que no estaba bien en el asiento del Maricobilica, donde estaba, y pasó al pueblo de Piura, donde ahora está fundada; y pasó adelante y llegado por la costa donde ahora está fundada la ciudad de Trujillo, que está de este pueblo de Piura ochenta leguas, y dejó allí al teniente Rodrigo Astete y a algunas personas de las que tenía consigo, y señaló el sitio donde ahora está la ciudad de Trujillo, en el valle de Chimo; y pasó adelante y llegó a Pachacamac, donde halló al Marqués Pizarro que lo estaba esperando, para ordenar lo que le pareciese cerca de lo tocante a la tierra el cual estaba muy alegre y regocijado del buen expediente que su compañero Almagro había tenido en lo de las provincias de Quito y en el asiento que había dado con don Pedro de Alvarado; y juntado allí los gobernadores, ordenaron en lo tocante a la tierra lo que sigue: que al Adelantado brevemente se le pagasen los cien mil pesos y se fuese, a la hora, de estos reinos; por que se temían en gran manera se les alzase con ellos, porque era muy amado de los españoles y era fama que lo inducían a que lo hiciese. Así se le pagaron, a la hora, los cien mil pesos; y en un galeón con gente de guarda, se hizo, dentro de 15 ó 20 días que llegó, a la vela, y se fué a su gobernación de Guatemala.

Así mismo ordenaron que se pasase el pueblo que tenían en Jauja poblado a este valle de Lima, donde ahora en esta Ciudad de los Reyes, y aquí se pobló. Almagro escogió el sitio de la ciudad en el año 1534, la cual no ha costado pocas ánimas en sus edificios y fundamentos; porque a los principios hacían las casas de terraplenes las salas y altos y las paredes y tapias tan anchas casi como de baluarte; y venían indios de cien leguas a la redonda de la ciudad, y era la enfermería tanta y duró tantos años, que maravilla cómo quedó indio con esta invención, y con las cargas, servicio personal, guerras y armadas para Chile y para otras partes, las reliquias de lo cual parece bien claro por toda la costa y sierra de los términos de esta ciudad.

De dos provincias diré que cuando entraron los españoles en la tierra, cada una tenía fama de 40 mil indios, la una era Huaura, desde Huarney, que tomó Almagro por repartimiento por la gran gente que tenía y fama de muy rica; y la otra Chíncha, que tomó Hernando Pizarro, que tenía otros 40 mil indios, y hoy día no hay de ambas provincias cuatro mil indios, y en este valle de esta ciudad había y en Pachacamac, cinco leguas de aquí, que era toda una cosa, más de 25 mil indios, y está casi yerma, que apenas hay dos mil por la gran destrucción y tan continua, como ha tenido de tantos ejércitos, como en ella se han formado, en tanto daño y perjuicio de los naturales, los cuales perecieron por una regla general que se ha usado en estos reinos y aún creo yo que en la mayor parte de las Indias, que los indios más comarcanos con los españoles y que mejor servían, aquellos son más robados, vejados, muertos y fatigados, y porque si de cada valle de los de esta costa que duran más de mil leguas, se hubiese de decir la quiebra y falta de los naturales y la destrucción de todos los más de estos valles, y cuán fértiles y abundantes eran; y creo yo las más hermosas que en todo lo demás de la redondez se pudieran figurar y más bien labradas y de grandes edificios, abundosos de riquezas de oro, plata, ropa y ganados, algodones y hermosas labranzas todas por sus acequias hechas a mano, que cada valle parecía un jardín muy hermoso y bien trazado, donde jamás ha dicho de los naturales, el agua del cielo mojó porque no llueve en esta tierra de los llanos ni la de la tierra le faltó, porque en cada valle hay un río perennal que nunca le falta agua; y a donde no le hay, hay sus manantiales con que riegan sus tierras y huertas y otras maneras, nunca oídas, con que siembran sus semillas y maíz, como es en algunas partes de esta costa, donde porque no tiene agua ni les llueve, pescan una sardinilla como anchovas, hechas sus labranzas, en cada sardina que entierran en la heredad, hechas dos o tres granos de maíz, y nace muy gentil maíz, y hacen muchas sementeras y buenas, tres o cuatro veces en el año; y porque era menester hacer una muy larga relación, que no cupiera en mucho papel, lo que se podía decir de toda esta costa, con sólo decir que desde la bahía de San Mateo, que son los principios de la entrada de estos reinos, donde los navíos vienen a reconocer hasta las provincias de Chile, que ahora se puebla y se descubre, hay más de lo que tengo dicho, y la mayor parte poblado, aunque en medio de cada valle hay arenales y despoblados de 10, 15 y 20 leguas; y uno hay que es el despoblado que pasan para ir a Chile, que tiene cien leguas de arrenal, sin haber en él cosa verde si no es donde hay algún jagüey de agua y riachuelo, que son harto pocos los que hay en este camino, que creo yo no son seis en las 100 leguas, y en ellos hay unas como bocas de yerba raída de siete a ocho pasos alrededor de donde está el agua.

Antes que pase adelante a declarar más de la conquista o casi **destrucción de estos reinos**, quiero, para que se entienda la grandeza de ella, traer a la memoria los dos caminos reales del Inca que en ella hay: el uno que pasa por esta costa en todo lo poblado y despoblado de ella, y va hasta cuarenta pies de ancho, con sus tapias cercado por ambas partes lo más de él, especialmente dos leguas siempre antes de entrar a cada valle y otras dos al salir, empedrado por muchas partes y con sombras de muy buenas arboledas, y antiguamente las más de fruta, salvo que ahora se ha perdido y secado por la muerte y falta de naturales; por manera que el que quisiese caminar por toda esta costa, por esta gran calzada y camino,

no tiene adonde perderlo ni que preguntar a lo adelante, si se perdiera por falta de camino.

Otro camino hay de la misma suerte, por la sierra, que dura otro tanto y más que este de la costa y llanos, muy admirable porque atraviesa grandes sierras y tierras asperísimas; y va tan bien echado, que todo se camina a caballo, y hace entender a los que caminan por él que, aunque la tierra por donde van es muy áspera, ellos siempre caminan por llanos y con facilidad. De cuatro a cuatro leguas de estos dos caminos, en todo lo que ellos duran, había aposentos del Inca, donde los que caminaban se acogían, y en algunas partes de este camino especialmente desde la ciudad del Cuzco adelante, hacia el Estrecho de Magallanes y provincias de Chile, va señalada en el camino la media legua y la legua; por manera que sin reloj ni otra cuenta sabe el hombre a cada paso dado adónde va y lo que ha caminado.

Asimismo, en cada pueblo de todos los de esta tierra y principalmente en los de estos dos caminos reales, hay o había sus aposentos reales del Inca o del Sol, con todo su servicio de indios e indias, para servirle a él y a los señores y capitanes y mensajeros que él enviaba de unas partes a otras; y aposentos y casas y oratorios del Sol, con sus servicios de mujeres que se llamaban **mamacunas**, que eran como beatas que guardaban castidad; y si algunas hallaban en alguna torpedad, luego las mataban, y así mismo tenían otras muchas de servicio. Estos todos tenían largas cuentas con los vagabundos que andaban por la tierra, y en manera alguna les permitían malas mujeres, sino que cada uno viviese en su república y se ocupase en trabajar y ganar de comer; y cerca de esto y otras policías tenían grandísima orden, y en los tributos del Inca tan gran cuenta que había en cada pueblo de estas provincias contadores que tenían cuenta con los tributos y con lo que cada indio tributaba y servía, de manera que se repartiese el trabajo y no sirviese uno más que otro; y hoy día dura entre ellos esta noble costumbre, aunque la mala que ahora hay se la hace infinitas veces pervertir.

Así mismo tenía cada pueblo de éstos gran cantidad de depósitos donde recogían el maíz y todos los mantenimientos que tributaban al Inca, y la ropa y telares donde se tejía la ropa rica para el Inca y caciques y la otra común de la gente de guerra, y con muchos depósitos de lana para ella; tenían depósitos de pluma de colores para hacer toldos y camisetas ricas, y en cada pueblo, plaza grande real y en medio de ella un cuadro alto alto de terraplén, con una escalera muy alta: se subían el Inca y tres señores a hablar al pueblo y ver la gente de guerra cuando hacían sus reseñas y juntas.

Así mismo, tenían una muy loable costumbre y digna de notar y tener en la memoria, la cual si lo españoles que entraron en la tierra guardaran, no se hubiera destruído como lo está; y es que, cuando había gente de guerra entre ellos y caminaban, aunque fueran cien mil hombres, no había ninguno de ellos salir del camino real a ninguna parte ni lugar, aunque la fruta y lo que había de comer estuviera junto al camino real por donde pasaban, so pena de muerte; para lo cual tenían muy grandes guardas para ver el que se desmandaba, porque él o su capitán lo habían de pagar; y para esto tenían todos los caminos, por todo lo que duraban los pueblos, con sus tapias altas para que no pudiesen salir de él, aunque quisiesen hacer daño; y aposentábanse, acabada de hacer la jornada de cada día, en el pueblo que llegaban, en unos galpones y casas grandes que para el efecto tenían hechas, que algunas y las más había de ciento y cincuenta pasos de largo, muy anchas y espaciosas, donde en cada una cabía gran cantidad de gente, muy bien cubiertas, limpias y aderezadas, con muchas puertas, porque estuviesen muy claras y apacibles; y allí les proveían por su orden y cuenta a cada persona su ración ordinaria, a él y a su mujer, tan sin bullicio como si fuesen religiosos; porque la gente común de esta tierra era la más sujeta, humilde y disciplinada que creo yo se pudiese hallar en el mundo.

Tornando al propósito, digo que pasado el pueblo de Jauja a esta ciudad de Lima, fue fundada como dicho es en el año de 1534, y ordenado ésto los gobernadores, ordenaron así mismo el Marqués Pizarro fuese por la costa a repartir el pueblo de Trujillo, que Almagro dejara señalado cuando vino de las provincias; y quería Almagro fuese desde aquí al Cuzco y llevase consigo la más gente que le quisiese seguir y fuese teniente del Cuzco y quitase al que estaba, que a la sazón era el capitán Hernando de Soto, y de esta manera el dicho Marqués se partió luego para la costa, la vía del pueblo de Trujillo, que son ochenta leguas de aquí de los Reyes, y don Diego de Almagro se fué camino al Cuzco, dejando en esta ciudad de Lima a Ribera el viejo, por teniente del pueblo.

Es de saber que llegado el Marqués Pizarro a Trujillo, estándolo repartiendo a los vecinos que él quería que allí rindiesen, vino allí de Castilla, entre mucha gente que cada día pasaba, un mancebo de hasta diez y ocho años; el cual había residido en las provincias de Nicaragua, con un tesorero Juan Tello, natural de Ciudad Real, el cual a la sazón residía en Corte, y había tomado a cargo de negociar con el Rey los negocios de don Diego de Almagro; y entre otras muchas cosas que despachó, despachó que S. M. hizo merced a Almagro de la gobernación del Nuevo Reino de Toledo, que era la tierra que sobrase delante de la gobernación de Pizarro, que eran doscientas y tantas leguas por esta costa, que comenzaban diez o doce leguas más allá de la bahía de San Mateo, en el puerto de Santiago, que dicen que es debajo del equinoccio, que, según confirmaban los más pilotos por la altura, llegaba aquí o cuando mucho hasta el puerto de Chíncha la gobernación que Pizarro tenía; y desde allí corría la que digo que aquel Juan Tello tenía negociada para Almagro, de la

cual traía la nueva aquel mancebo que digo se llamaba Cazalla, y venía a ganar las albricias de la gobernación para sí y para su tío.

Y llegado allí a Trujillo, donde a la sazón el Marqués estaba, no pudo tener tan secreto su negocio, que habiéndole descubierto a uno que le conocía y se le daba por amigo, no le fuese a avisar al Marqués y a su secretario; el cual temiendo que al Almagro no le tomase por virtud de las provisiones reales la ciudad del Cuzco, pues la tenía en su poder, como teniente que era proveído de ella, proveyó por la posta a Melchor Verdugo, que entonces pretendía que el Marqués le diese de comer allí en Trujillo, fuese a la ciudad del Cuzco que dista de allí doscientas leguas, y avisase a los hermanos del Marqués y a los regidores y otros amigos que ellos y el Marqués allí tenían; que si había ya llegado al Cuzco a la hora se le suspendiese el tenientazgo y se pusiese la ciudad en poder de Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, hermanos del Marqués, y si no fuese llegado, no lo recibiesen por teniente del Cuzco.

Dióse tanta prisa Verdugo, que casi a una llegaron él y Almagro al Cuzco, pues sucedió que antes que ellos llegasen al Cuzco, la nueva de la gobernación de Almagro y el adelantamiento se derramó por la tierra; y sabido en esta ciudad de Lima por el capitán Diego de Agüero, tomó así mismo la posta por dar las nuevas a Almagro y ganar él las albricias, no entendiendo la voluntad; porque entonces, como no era introducida aún la ambición de mandar el que más podía en el Perú, a todos parecía que el Marqués se holgaría con el proveimiento real; pero fué muy al contrario, como después pareció.

Llegó este Diego de Agüero a dar la nueva a Almagro de cómo era proveído adelantado y gobernador del Rey, siete u ocho leguas antes que Almagro llegase al Cuzco; la cual nueva les dió gran contentamiento y regocijo, y pasó al Cuzco, lo cual sabido por todos los vecinos, justicia y regimiento y por los hermanos del Marqués, se holgaron en gran manera, diciendo que bien sabían que S. M. había de proveer aquella tierra de necesidad a otra persona, que se holgaban que se hiciese la merced en un compañero de su hermano el Marqués, porque todo se caía en casa, y era una cuenta gobernar el Marqués o su compañero Almagro; y como estos negocios no tiraban a otro fin sino a interés por ganar más en voluntad de Almagro, ordenaron un gran recibimiento cuando ya Almagro quería entrar en la ciudad del Cuzco, saliendo los hermanos del Marqués Juan y Gonzalo Pizarro, y todos los más vecinos, justicia y regimiento muy aderezados a caballo, casi a una legua del Cuzco, cubiertos ellos y los caballos de argentería de oro, lo cual dieran a un truhán que Almagro traía consigo; y dándole la enhorabuena del adelantamiento y gobernación, sin parecer que a nadie le pesaba, como entonces era verdad, que todos se holgaron en extremo grado, se apearon todos con el dicho Almagro, y le acompañaron hasta dejarle en sus casas si suyas se podían decir las que él había tomado a un señor principal del Cuzco, y cada uno de los demás lo mismo, por proseguir; porque se entraron de paz en la ciudad del Cuzco, y les salieron todos los naturales a recibir y les tomaron la ciudad del Cuzco con cuanto había dentro, llenas las casas de mucha ropa, y algunas oro y plata y otras muchas cosas; y las que no estaban bien llenas las henchían de lo que tomaban de las demás casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacían ofensa alguna divina ni humana; y porque esto es una cosa larga y casi incomprensible, lo dejaré al juicio de quien más entienda, aunque en el daño recibido por parte de los naturales cerca de este artículo, yo sé harto por mis pecados, que **no quisiera ni saber ni haber visto**.

Hecho el recibimiento, y habiendo comido Almagro y vueltos los vecinos cada uno a su posada, aun no era bien llegada la tarde cuando entró aquel mismo día, por la plaza del Cuzco, Melchor Verdugo, el que decimos había partido por la posta por mandado del Marqués a suspender a Almagro el cargo de teniente de Gobernador; y como entró en la ciudad, se fué derecho a apearse a la posada de los hermanos del Marqués, que moraban juntos, y dado el despacho del Marqués sin dilación como quien toca armas, se acaudillaron y juntaron, llamando los más vecinos y regidores de la ciudad a su casa, y les amonestaron de parte del Marqués que no recibiesen a Almagro por teniente de gobernador, ni menor por gobernador aunque trajese provisiones del Rey para ello; que ellos tenían recaudo del Marqués, su hermano, para lo resistir y pensaban morir en la demanda; lo cual sentido por Almagro, así mismo juntó la gente que le seguía y los hizo amigos con dádivas y buenas persuasiones, diciéndoles que lo que tenía para ellos lo tenía y suyo era; que lo favoreciesen, porque si era él gobernador de aquella tierra, que era lo mejor del Perú, no podrían dejar de ser ellos muy ricos; y de esta manera se puso el Cuzco aquel día a la tarde en armas, que a la mañana había estado tan pacífica y quieta; y desde este punto no dejó de haber en estos reinos grandes revueltas y males; porque de este primer yerro nacieron todos, aunque basta para que jamás haya paz en ellos, no dar fin a los malos tratamientos de los naturales, que siempre duran, pues es cierto que el malo nunca tenía paz.

Estando las cosas de esta ciudad en este estado, parecióle a Almagro que, pues los vecinos y los hermanos del Marqués le contradecían tan a las claras la gobernación, que también enviarían al camino a tomarle las provisiones reales que le venían, y proveyó diez o doce de caballos que fuesen por aquel mancebo que los traía de la corte, que se llamaba Cazalla,



el cual se venía su poco a poco, y por sus jornadas; lo cual sabido por los hermanos de él, infirieron que aquella gente la enviaba Almagro para que matasen a su hermano el Marqués que para lo que publicaban, y aprestan otros tantos y más, porque les contradigan y estorben el viaje.

Sabido esto por el teniente Hernando de Soto, con algunos regidores fue a casa de los hermanos del Marqués a requerirles que deshiciesen la junta que tenían hecha de gente en su casa, porque para más el teniente no era parte a la sazón, y lo mismo había mandado a don Diego de Almagro; como los hermanos del Marqués se vieron requerir del Teniente, porque estaban sospechosos de él, que era amigo íntimo de Almagro, se le desacataron y lo llamaron a voces que era un traidor, y que ellos habían sabido que él había andado por entregar aquella ciudad al adelantado Almagro; y corriéronle a lanzadas hasta la mitad de la plaza desde sus casas; a lo cual salió Almagro y los suyos, y si no fuera por unos pocos que se pusieron en medio en medio de la una parcialidad y la otra, hubiera entre ellos gran rompimiento, de manera que no pudiera dejar de haber daño de ambas partes y la cosa quedara para el que tuviera más fuerza, esto es, a lo que sienten algunos, y lo que yo digo es por lo que después he visto, que no rompieron; porque, como aquello era en los principios, no estaban aún encarnizados y tenían algunos temor y vergüenza de Dios Nuestro Señor y de su Rey; la cual se fué desde aquí perdiendo de tal manera que puestos en campo los unos y los otros, aunque la persona real les pusiera en medio, aprovechara poco, porque **no se guardaban los unos a los otros palabra, fe ni ley**, como adelante se apuntará.

Los hermanos del Marqués, como no pudieron alcanzar al teniente Soto porque se les escapó a caballo, se retrajeron a sus casas, y Almagro a la suya con toda su gente, que era harta más que la que los Pizarro tenían; por cuya causa los Pizarro se fortalecieron e hicieron troneras y saeteras, para desde allí pelear con los enemigos, si con ellos algo les acaeciese; y de esta suerte estuvo esta ciudad puesta en alboroto entre parcialidades, la una de Almagro, que era la más gente y paseaban por la ciudad; y la otra del teniente Soto con un alcalde y dos regidores y algunas otras personas, y los Pizarro, que estaban en castillo y no salían jamás de su fuerte; y duró esto más de tres meses, hasta que fué avisado el Marqués Pizarro y llegó al Cuzco, por cuya llegada cesó el alboroto.

En este tiempo vino un juez de Santo Domingo, de parte de los oidores, para poner entre los gobernadores Pizarro, Almagro y Alvarado, si algún escándalo hubiese; y como los requiriere a todos, casi burlaban de él, y él vino a ser muy amigo de todos y fué rico en España. Nuestro Señor sabe si informó a su Rey del estado del Perú y revueltas que nacían a la sazón en estos reinos, con lo cual pudiera ser que se excusaran hartos males. Llegada la persona del Marqués al Cuzco, fué bien recibido de los unos y de los otros, y en lo público cesaron los bandos por entonces; trataron allí los Gobernadores del descubrimiento de adelante del Cuzco, por la costa hacia el Estrecho de Magallanes, y por la tierra adentro hacia el Río de la Plata; porque tenían gran noticia, aunque según después se entendió, esta noticia decía que la echaban falsa los Incas y señores del Cuzco; porque, como los veían tan ambiciosos de descubrimientos, quisieronlos engañar por allí, para sacarlos de la tierra y tornarse a apoderar en ella.

Almagro pedía al Marqués que le dejase tomar los límites de la gobernación que el Rey le había dado, que comenzaba desde donde se acababan los límites de la gobernación que él tenía; al Marqués hacíasele de mal de darle un palmo de todo cuanto a la sazón había descubierto, y tenía noticia que era poblado en todo lo sujeto al Inca, y en esto estuvieron altercando algunos días; al cabo el Marqués por echar de sí al Adelantado Almagro, según se entendió, por persuasión de los que le aconsejaban, capituló con Almagro allí de nuevo que fuese a descubrir con la gente que allí tenía y con toda la que más viniese a la tierra, que se la enviaría en su seguimiento, y que señalase por límite del Nuevo Reino de Toledo, desde ciento treinta leguas adelante de la ciudad de Cuzco; adelante todo lo que descubriera y que por entonces no pudiesen partir las gobernaciones, y que Almagro hallaba buena tierra, cada uno estuviere en la que tenía, y si no, que se volviese, que él prometía de partir con él la gobernación que tenía; y tornaron a renovar la campaña que tenían hecha, y partieron la hostia prometiendo a Nuestro Señor Dios de no ser jamás el uno contra el otro; y de esta manera se salió Almagro del Cuzco e hizo él y sus capitanes el descubrimiento de las provincias de Chile, donde tardó de ida y vuelta más de diez y ocho meses, el que hizo de 1535 a 1536, del cual viaje diré algunas cosas señaladas a todos, por la más breve forma que pudiere.

Dicho he cómo Cazalla, el que había publicado que traía las provisiones de la gobernación de Almagro, se venía por sus jornadas, el cual en este tiempo llegó al Cuzco; y visto el despacho que traía que solamente eran unos traslados de las provisiones de Gobernador y Adelantado que el Rey hacía merced al Adelantado Almagro, por todos los de la una parcialidad y de la otra se reportaron y apaciguaron, entendiendo que no era razón moverse ni alterarse por unos traslados simples, y que para tomar por virtud de ellos alguna posesión no eran bastantes; no embargante que como les constó que Su Majestad había proveído ya aquella gobernación del Nuevo Reino de Toledo al Adelantado Almagro, se

apercibieron los unos y los otros, los **almagros**, para hacer recibir por gobernador al Adelantado Almagro, y los **pizarros**, para resistir y contradecirlo; y el que dijera que éstos pretendían otra cosa, engañase, pues a las claras pareció como adelante se dirá, lo cual dejaremos ahora, por tratar de alguna cosa de lo que se pudo alcanzar a saber de las cosas de estos indios, de estos reinos, durante el tiempo que los españoles andaban en estas cosas que tengo dicho, a la cual llaman conquista del Perú, y comenzaré por la ciudad del Cuzco, como cabeza que era de todo este imperio.

Esta ciudad del Cuzco, a lo que dicen los cosmógrafos, está en 14 grados de esta parte de la línea equinoccial a la parte del sur; su principio y origen no se puede saber, ni su fundación, porque los naturales de ella carecen de letras, aunque tienen una manera de contaduría por unos cordones y nudos, y hay entre ellos muy grandes contadores de esta cuenta, como ya tengo dicho; pero como por ésta no se puede alcanzar a saber su fundación, ni quiénes fueron los primeros señores; lo que entre los naturales de ella se trata comúnmente es que en este asiento del Cuzco, muy antiguamente había dos maneras de orejones; llámase **orejones**, porque traen las orejas horadadas y meten dentro de ellas unas ruedas hechas de juncos anchos con que acrecientan las orejas, y cada una de ellas, puesta la rosca de junco dentro, la hacen tan ancha como una gran rosca de naranja. Los señores y principales traían aquellas roscas de oro fino en las orejas; los unos de estos orejones eran trasquilados y los otros con cabellos largos, que se llaman hoy día **chasques**; éstos pelearon los unos con los otros, y los trasquilados sujetaron a los otros en tal manera que jamás alzaron la cabeza ni habitaron por vecinos de la ciudad del Cuzco; y así hay hoy día pueblos de ellos por las comarcas de la tierra del Cuzco; mas, en la propia ciudad no los consistieron más vivir, sino solamente la gente común de ellas para servir en lo que les mandasen.

Hecho esto, dicen estos orejones que la manera que tuvieron para tener señor entre sí, fué de que de una laguna que está a sesenta leguas del Cuzco en la tierra del Collao, que se llama Titicaca, salió el principal de ellos que se llamaba **Inca-Viracocha**, que era muy entendido y sabio, y decía que era hijo del Sol, y éste, dicen ellos, que les dió policía de vestidos y hacer casas de piedra, y fué el que edificó el Cuzco, e hizo casas de piedra y la fortaleza y casa del Sol, y dejó principiada; y se dió a conquistar las provincias comarcanas al Cuzco, de cuya fábula inferimos los españoles que alguna persona aportó por aquella tierra antiguamente de las partes de Europa, Africa o Asia, y les dió la policía conforme a lo que en ellas dicen se usaban en aquellos tiempos.

Este Inca Viracocha, que ellos dicen que fué el primer señor principal que tuvieron en la denominación del nombre, conforma mucho con el nombre que ellos llaman a los españoles; porque a cada español llaman Viracocha, que en su lengua quiere decir grosura o espuma de la mar, y así Inca Viracocha, quiere dar a entender que aquel señor salió de la mar, de donde sacamos que aquel hombre fué algún hombre de la manera de nosotros, con barbas y vestido, y que cubría sus vergüenzas, la cual orden guarda ellos; porque todos los naturales de lo poblado sujeto a este señor andan vestidos ellos y sus mujeres con harto razonable vestido; y todos los hombres, allende de las camisetas y mantas que traen, traen sus pañetes y las mujeres cubiertos sus pechos, de manera que por ninguna manera pueden ser vistos si no se desnudasen. Entre estos orejones o Incas que vivían en el Cuzco, hay dentro de la ciudad del Cuzco, dos parcialidades, la una es de los Incas que viven en Hurín Cuzco, que es en lo bajo del Cuzco, y otros que viven en Anan Cuzco, que es en el Cuzco de arriba; porque el Cuzco está situado en sierra y llano, y teníanse entre ellos por más hidalgos y nobles a los del Cuzco de arriba; aunque ya se va perdiendo esto, todo con la venida de los españoles, de manera que ya son tan unos todos, que no se acuerdan casi cuál es más noble. Esta ciudad era muy grande y muy populosa, de grandes edificios y comarcas. Cuando los españoles entraron la primera vez en ella, había gran cantidad de gente, sería pueblo de más de cuarenta mil vecinos, solamente lo que tomaba la ciudad, que arrabales y comarcas en derredor del Cuzco, a 10 ó 12 leguas, creo yo que habría 200,000 indios, porque esto era lo más poblado de todos estos reinos.

Todos los señores principales de toda la tierra tenían en el Cuzco sus casas y servicio; enviaban allí sus hijos y parientes a que aprendiesen la lengua general del Cuzco, y la policía, y cómo habían de obedecer y servir al Inca; y es cosa cierta que ningún hijo de señor ni principal nacía en todo este reino que no hubiese gran cuidado con él su padre sobre que aprendiese la lengua del Cuzco; y la manera que había de tener en saber, obedecer y servir, así al Inca como a sus mayores y principales; y tenían por muy principal afrenta no saberlo, y el que no lo sabía y era en ello inhábil, no le daban jamás señorío; y aún ahora he visto yo caciques mostrar a sus hijos la manera que han de tener para servir a los cristianos, y hacerlos mostrar la lengua española para el efecto, y esto ha salido de la antigua y loable costumbre que tenían en tiempo del Inca.

La orden que estos Incas tenían en horadar las orejas a sus hijos era ésta; que tres o cuatro meses (antes) que se las horadasen, cada día, se juntasen gran cantidad de muchachos de catorce años arriba, y habían de partir del Cuzco corriendo y gran rito y regocijo, y habría de cubrir sin descansar unas sierras altas que están fronteras del Cuzco, donde tenían grandes adoratorios e idolatrías, y los que primero llegaban, y con más fuerza y aliento subían, eran tenidos en más

estima y reputación, y desde allí quedaban señalados para adelante para las peleas, por más sueltos y más provechosos para los casos de guerra; y al cabo de los cuatro meses que ordinariamente tenían este ejercicio como militar, les horadaban las orejas, haciendo grandes fiestas y ofreciéndoles sus deudos y parientes oro, plata, vestidos y otras muchas cosas, y eran tenidos y estimados de allí en adelante por caballeros y gente principal en todas las provincias sujetas al Cuzco; y juntamente con este ejercicio les amonestaban cómo habían de servir al Inca y morir por él cada vez que se les ofreciese; y la razón por que hacían estas ceremonias era porque estos orejones peleaban siempre en sierras y tierras ásperas, tomando los altos de presto a los enemigos y ganándoles la fortaleza, y para esto era menester que fuesen muy sueltos en las cuevas y reventones aquellos hijos de señores que habían de ser caudillos de los demás, porque no siendo sueltos para subir una sierra corriendo a más correr en tiempo de necesidad, se podían perder ellos y los indios que llevasen encomendados; y así, cuando ordenaban la gente de guerra, de cinco en cinco se ponían en orden y el uno de los cinco había de ser uno de aquellos orejones, para que animase a los otros y de 25 en 25 había un caudillo y capitán.

La manera que el Inca tuvo en conquistar tanta tierra era que, comenzando desde el Cuzco, poco a poco, peleando con los comarcanos, los vencieron a todos; y pasando adelante, en ganando la provincia, los mandaba que se vistiesen todos a la manera de los incas, ellos y sus mujeres, e hiciesen sus casas de piedra y pueblo en el camino real, con su plaza y aposentos del Inca y sus casas de **mamacunas**, que eran como beatas del servicio del Sol, de quien ya se ha hablado, y aposentos para la gente de guerra; y hecho esto, cada vez engrosaba el Inca su ejército para lo de adelante; y tenían grandes depósitos en el Cuzco y en todas sus provincias, de municiones de guerra, conviene a saber, de lanzas y rodela, flechas y municiones; especialmente para ganar fortalezas y pasos dificultosos, tenían unas rodela tejidas de palo y de algodón que se cubría con cada una de ellas poco menos de veinte hombres; el tiempo que estos Incas se ocuparon en conquistas, como no está por escrito, no se puede saber, más de lo que pareció en los edificios y asientos de la tierra ser muy antiguo este señorío.

La manera de gobernar era que el Inca, señor principal, se intitulaba por este vocablo **Capac Inca**, que quiere decir solo señor, y tenía otro nombre de que aún más se preciaba, y se le llamaba por gran excelencia y con gran acatamiento, que era **Intip-churi**, que quería decir "hijo del Sol", porque el Inca daba a entender que era hijo del Sol, y que el Sol no tenía otro hijo ni él otro padre; y con este título se hacía adorar y gobernaba principalmente en tanto grado que nadie se le atrevía, y en palabra era ley, y nadie osaba ir contra su palabra ni voluntad, que si fuese no pensase, que a la hora había de ser confundido; y las fiestas que hacía al Sol daba a entender que las hacía a su padre; aunque hubiese de matar cien mil indios, no había ninguno en su reino que le osase decir que no lo hiciese; a todo lo que el Inca decía le respondían: "Oh, Inca" como si dijese es "muy bien, Inca", y nadie salía, no osaba salir, aunque fuese la segunda persona, so pena que había de morir por ello.

Tenía postas en todo su imperio de media en media legua, que no esperaban otra cosa sino su mandato; el cual, en viniendo, a más correr llegaban a la otra posta, y en muy poco tiempo, aunque fuesen quinientas leguas se hacían en las más distantes provincias lo que el Inca mandaba; y así, cuando él enviaba un mensajero con su **porradarma**, en la cual iba colgada una seña suya, era obedecido y reverenciado como su propia persona, y lo mismo cualquier capitán que enviaba a las provincias que se le revelaban, o no querían servir por la orden y forma que los había puesto, sin destruir la provincia por donde pasaban, como nosotros hacemos.

Era tanta la orden que tenía en todos sus reinos y provincias, que no consentía haber ningún indio pobre ni menesteroso; porque había orden y forma para ellos, sin que el pueblo recibiera vejación ni molestia, porque el Inca lo suplía de sus tributos, ni se movían los naturales a andarse de unas partes a otras sin mandado de sus caciques y principales; y los que tomaba desmandados los castigaba con gran rigor y ejemplo.

Era el Inca y todos sus súbditos enemiguísimos en general de todos los que le alzaban, y con los que más veces se le habían rebelado estaba peor él y todas sus provincias; y eran tenidos en gran oprobio de todos y no les permitían ningún género de armas; siempre los avilantaban de palabras y en sus refranes, como a los indios del Collao, que los llamaban **asnaycolla**, como quien decía el indio **collado** hiede: y los traidores, entre ellos, se llamaban **aucaes**, y esta palabra es la más avilantada de todas cuantas pueden decir a un indio del Perú, que quiere decir "traidor a su señor"; así ahora el Inca que anda alzado llama a los indios de estos reinos porque no le quieren acudir, **auca**; y ellos, con respeto de los cristianos, le llaman a él y a los que le siguen, el mismo nombre de **Inga auca**.

La manera de las idolatrías de estos reinos todas procedían de las que había en la ciudad del Cuzco; porque, como tengo dicho, cuando el Inca ganaba una provincia les daba las maneras de las que habían de guardar en su servicio, y lo que habían de adorar y los instruían en los sacrificios; y les mandaban sus adoratorios y ofrecerlos muy largo con muy gran servicio de mujeres y hombres; y estos se respetaban y eran súbditos todos a la casa del Sol del Cuzco, y al como Papa

que ellos allí tenían, le daban cuenta de los ofrecimientos y riquezas que les daban. En el Cuzco habían casas del Sol, que eran muy bien obradas de canterías, y cercadas junto a la techumbre de una plancha de oro de palmo y medio de ancho, y lo mismo tenían por dentro en cada bohío o casa y aposento.

Tenía en el primer patio una gran pila de piedra bien hecha, donde ofrecían chicha, que es un brebaje hecho de maíz, a manera de cerveza, diciendo que el Sol bajaba allí a beber. Tenía un maizal de oro, con sus cañas y mazorcas, antes que entrasen a donde estaba el bulto del Sol, y el bulto del Sol tenía muy grande de oro, y todo el servicio de esta casa era de oro y plata: tenían doce horcones de plata blanca que dos hombres no abrazarían cada uno, cuadrados, y eran más altos que una buena pica, donde echaban el maíz que habían de dar al Sol, según ellos decían, para que comiese y bebiese; este Sol escondieron los indios de tal manera, que hasta hoy no ha podido ser descubierto; dicen que el Inca alzado lo tenía consigo. Ningún indio común osaba pasar por la calle del Sol, calzado, ni ninguno, aunque fuera un gran señor, entraba en la casa del Sol, con zapatos. Tenía esta casa más de cuatro mil personas, hombres y mujeres, de servicio. Era riquísima y abundantísima de ganado, depósitos de todas las cosas de gran abundancia que todas partes le ofrecían; en el tiempo que los cristianos entraron en el Cuzco, era como Papa o gran sacerdote de esta casa y de todas las demás de todos estos reinos, un Inca, gran señor, que se llamaba Vilaoma; éste sólo se intitulaba en la lengua de los indios **Indivianan**, que quiere decir "siervo o esclavo del Sol". Era esta la segunda persona del Inca, porque el Inca se llamaba hijo del Sol, y éste esclavo del Sol, a los cuales todos éstos obedecían: al Inca como solo señor e hijo del Sol, y a este Vilaoma, como solo siervo o esclavo del Sol.

La orden por donde ellos fundaban sus **huacas**, que ellos llamaban a la idolatría, era porque decían que a todas criaba el Sol, y que las daba madre por madre; y que **mochaban** a la Tierra porque decían que tenía madre, y al maíz y a las otras sementeras y a las ovejas y ganados que tenían madre; y a la chicha, que el brebaje que ellos usan, decían que el vinagre de ella era la madre y lo reverenciaban y lo llamaban **mama**, agua madre del vinagre, y cada cosa adoraban de esta manera, y le tenían hechos, como digo, sus casas y puesto su servicio muy cumplida y particularmente; a la mar decían que tenía madre y que se llamaba **Mamacocha**, que es madre de la mar y le tenían gran respeto; y al oro asimismo decían que era lágrima que el Sol lloraba, y así cuando hallaban un grano grande de oro en las minas, sacrificábanle y henchíanlo de sangre y poniéndolo en su adoratorio, decían que estando allí aquella huaca o lágrima del Sol, todo el oro de la tierra se venía a juntar con él, y que de aquella manera los que buscaban lo hallarían más fácilmente; de esta manera, procediendo por todos lo enseñaban a todas las provincias que conquistaban y les hacían servir a todas estas huacas; y así mismo todos los señores de la tierra, doquiera que estuviesen, se hacían adorar en vida y en muerte; y después de muertos, cada uno de estos indios y parcialidades, como por padre de donde los otros habían procedido; y les hacían cada día casi ordinariamente sus ofrecimientos, y enterraban con ellos mujeres vivas, diciendo que las habían menester para que allá en la otra vida les sirviesen y que no era razón que estuviesen ni durmiesen sin compañía y servicio, y cada año les remudaban las ropas y vestuario, y enterrábanlos en bóvedas bien hechas con todo el oro, plata y ropas que cada uno en su vida había poseído; y esto hasta cuanto a las idolatrías. Y porque son tantas y de tantas maneras que para entender las demás basta apuntar éstas y entender que en toda la tierra las hacían estos Incas y señores del Cuzco.

No dejaré de decir que todas las veces que los indios comían coca, ofrecen al Sol, y si se hallan junto al fuego la echan en él por manera de adoración, con gran reverencia, y cada vez que pasan por algún puerto de nieve o frío que encumbra, tiene allí por huaca y adoración y señal que la hay, un gran montón de piedras, y en muchas partes puestas muchas saetas ensangrentadas, y ofrecen allí de lo que llevan; algunos dejan allí algunos pedazos de plata, y otros se tiran de las cejas y pestañas algunos cabellos y los ofrecen con gran reverencia; y tienen por costumbre de caminar por allí muy calladamente y no osan hablar, porque dicen si hablan se enojarán los vientos y echarán mucha nieve y los matarán. Por la bondad de Nuestro Señor, aunque la doctrina sagrada de Nuestro Dios no ha abundado hasta ahora en estos reinos, muchas cosas de estas se han quitado a estos naturales y no osan hacer, y los más no lo saben ya hacer, porque las viejas que las hacían y hechiceras son casi muertas; y es tanto el miedo que tienen a los religiosos que no lo hacen ni se acuerdan de ellos, y se los reprenden los padres por ello, responden que muy antiguamente, antes que el Inca los ganase, ellos no tenían aquellos adoratorios ni sabían que se era y que los Incas se los hacían tener; pero que ya no ven que todo aquello de los Incas era mentira y todo se deshizo y que lo que les dicen los padres es lo bueno, que no quieren ser sino hijos de Dios y ser cristianos; y en toda esta tierra no se ha entendido otra cosa en contra de esto.

La falta en los pocos religiosos que hay para la doctrina y en el poco fervor de los que gobiernan y los encomenderos y los españoles que por acá hay, ponen en que estos pobres se conviertan; porque como su codicia es tan insaciable que nunca entienden sino en cómo se harán riquísimos con los trabajos excesivos de los indios; así, por la tasa que tienen como sin ella, ocupándolos siempre en sus chacras, minas y granjerías y en cargas, caminos y guardas de ganados y

servicio personal, en tanto grado que es verdad no se acuerdan de sí mismos con el cuidado y vejaciones que les ponen en estas cosas.

Plugiera a Nuestro Señor que se ensolviese en esto con que no muriesen y se disminuyesen de cada día. No quiero guardar esto para otro lugar, pues se me ofrece decirlo aquí: que es tanto la disminución de los naturales desde que los españoles entraron en la tierra hasta hoy, sin haber en ella mortandad notable, si no es por causa de guerra y notables trabajos, que muchos repartimientos que tenían a cinco o seis mil indios cuando en los principios se repartió la tierra, y ahora no tienen doscientos, y los valles y las tierras donde moraban están vacías de hombres y muy llenas de ganados y estancias de los españoles, que es argumento que los españoles de esta tierra, por la mayor parte son más amigos de criar ganados que hombres; yo he visto muchos valles en esta tierra que por causa de los ganados ser tantos y tan importunos, retraerse los indios a sembrar en los pedregales y arenales inútiles y poseer los ganados sus mejores aposentos y tierra de pan coger.

Una de las cosas que el visorrey don Antonio de Mendoza apuntó en estos reinos cuando los vió y entendió que estaban llenos de ganado y vacíos de hombres, dijo que se apercibiesen en todos de echar los ganados de los valles y los subiesen a las sierras, porque él quería que en los bajos se criasen antes hombres que ganados y como le llevó Nuestro Señor, esto cesó y se está la cosa como antes y aun plega a Nuestro Señor no esté peor, lo cual yo temo harto. Por ser tan confusa la historia de estos naturales de estos reinos no quiero traer más origen de los señores de ellos de lo que los antiguos, que al tiempo que los españoles entraron en la tierra, se acordaban por vista de ojos, porque esto es lo verdadero, pues no alcanzaban tierras para más de lo que la vista les diese a entender y es de saber que cuando los españoles entraron en el Cuzco había indios que se acordaban de un señor inca que se llamaba **Túpac Inca Yupanqui**, el cual fué padre de Huayna Capac, padre de **Atahualpa** y de Huascar y de Manco Inca, y dejó otros muchos; pero que estos tres fueron los más principales, y los que los españoles alcanzaron en los principios de la tierra a ver. Este **Túpac Inca Yupanqui** conquistó por su persona, según dicen los indios, la mayor parte de estos reinos, y fué muy valeroso e hizo y acrecentó los caminos reales de la sierra y llanos, quinientas leguas de aquella parte del Cuzco; éste conquistó el Collao, que se rebeló muchas veces, y desde el Cuzco hasta la provincia de Chile, que son quinientas leguas, y toda su habitación fué desde el Cuzco hasta el Estrecho de Magallanes, y trabajó mucho y al cabo vino a morir en el Cuzco, y sucedióle su hijo **Huayna Capac**, que en lengua del Cuzco quiere decir "mancebo rico".

Este Huayna Capac fué tan valeroso y tan amigable de los suyos, que no solamente sustentó lo que su padre había ganado pero vino ganando desde el Cuzco hasta las provincias de Quito y los Pastos, tuvo grandes guerras en Quito, y al cabo los sojuzgó y dió policía, por la orden que ya es dicha, e hizo gran estrago en los Huamaracones, que es las provincias de Otavalo y Cayumbe; y andando ocupado en esto, dicen los indios de Quito que quería pasar a descubrir las provincias de Popayán; y tuvo noticias que no era parte para ello, y, como era tan grande señor, que tenía más de mil leguas de señorío, y le hicieron aquella gente inexpugnable, y los suyos acobardaban y no querían ir en aquella conquista, murió de pesar e imaginación, diciendo que cómo era posible que siendo el sólo hijo del sol, y solo Inca, pudiese haber otro mayor Señor, y otras gentes más fuertes que la suya y de tal manera que los suyos no los osase acometer; dicen que alcanzó a tener noticia de cómo los españoles llegaron la primera vez a Túmbez, y dicen que dejó mandado a sus hijos que no peleasen con los cristianos y otras cosas que, por no ser de importancia, no los pongo aquí. Al tiempo que Huayna Capac murió en las provincias de Quito, tenía dos hijos, en que tenía puesta toda su esperanza, que el uno era Huascar, hijo de su mujer y hermana legítima, a quien venía de derecho todos los reinos y señoríos del padre, por ser hijo de hermana suya, según costumbre de estos señores del Cuzco, que ellos sólo se podían casar con sus hermanas para la procreación de los hijos, y los que eran hijos del Inca y de hermana del Inca, aquellos heredaban como más propincuos y de más esclarecido linaje; y así otros indios, algunos aunque fuesen señores, tenían a sus hermanas por mujeres o llegaban a ellas, teníanlas por malas.

El otro hijo de Huayna Capac era Atahualpa, que era su hijo y de una india natural de las provincias de Quito; y para con los Incas no era tenido en tanto como el que era hijo de señora del Cuzco, a que ellos llaman **paya**; y los más preminentes y honrados son los que son hijos de **coya**, que este solo nombre tenían las hijas del Inca y las más principales de ellas eran las hijas de hermanas y mujeres del inca. Así que Huayna Capac no embargante de su hijo Huáscar era señor universal, después de sus días, de estos reinos, quería y deseaba partírlas y dar la mitad de ellos a Atahualpa, la cual cosa era aborrecible a todos los incas y señores del Cuzco, y teníanse por cierto que antes que muriese Huayna Capac, trató esto con su hijo Huáscar y se lo envió a rogar al Cuzco; él no hacía buen rostro a lo que su padre le rogaba; en conclusión, Huayna Capac dejó a su hijo Atahualpa lo de Quito y lo demás quedó a Huáscar, que era señor del Cuzco; y aún bien no le constaba a Huáscar de la muerte de su padre, cuando envía ejército sobre Atahualpa para que lo

desposeyese de lo que su padre le había dejado y mandaba que se lo llevasen preso al Cuzco para hacer justicia de él; y así fue hecho que favorecieron para esta guerra tanto e instaron las provincias de los Cañares, que eran comarcas a los de Quito, que después de haber peleado los unos contra otros, fué preso Atahualpa por la gente de su hermano Huáscar y puesto en prisión; de la cual metiéndole un principal amigo suyo una barreta de cobre, de noche, cavó por la casa y prisión donde estaba y se salió y salvó; y donde a poco tiempo tornó a caudillar gentes de aquellos de Quito, que le amaban mucho por ser natural, y con ejército revolvió sobre las provincias de los Cañares que le habían sido contrarias, y destruyólas y mató lo más de la gente de ellas; y pasó adelante y fue juntando gente y ejército, y como las gentes y provincias por donde pasaba lo conocían por tan valeroso, acudíanle y holgaban de le servir contra su hermano Huáscar; y envió adelante de sí dos capitanes con gran cantidad de gente al Cuzco a pelear contra su hermano Huáscar; y él iba, poco a poco con la demás gente, aunque con un grueso campo en tiempo en tiempo que los españoles caminaban por la costa y venían hacia donde él estaba; el cual, como estaba avisado de su venida, aunque había ya pasado más de 20 ó 30 leguas de Cajamarca, volvió a verse con los españoles a Cajamarca, y en el camino, en la provincia de Huamachuco mandó quemar una huaca e idolatría muy principal, donde el demonio daba respuestas; porque dijo allí a los hechiceros que le servían que Atahualpa había de ser vencido de los cristianos, y de esta mohina no dejó hechicero, de todos los de aquella provincia, vivo que no mandara matar; y así fue a Cajamarca donde le prendieron los españoles y le pidieron por su persona una casa de oro y plata, el cual se la hinchó y cumplido él esto, lo mataron, como ya hemos dicho.

Dícese que estando preso le vino nueva cómo sus capitanes Quisquis y Chalcuchima a quien él había mandado al Cuzco, después de haber habido grandes batallas con Huáscar, en las cuales a los principios él fue vencedor y después con una cautela que usó con el capitán general de Atahualpa, Chalcuchima, fué preso y muerta mucha parte de su gente; y teniéndole preso, el Chalcuchima con engaño le dijo un día que él entendía que Atahualpa no era un señor natural, sino él; que él le quería entregar toda la gente que traía de guerra y le quería servir contra su hermano Atahualpa, y que para ello mandase juntar todos los señores y principales del Cuzco para que en presencia de ellos se hiciese aquel acto, lo cual el Inca Huáscar mandó poner luego por obra, y juntando más de dos mil señores en la plaza del Cuzco; mandó el Chalcuchima que diesen en ellos y allí los hicieron a todos pedazos, y las señoras del Cuzco que pudieran haber, mataban, y a las que estaban preñadas les sacaban los hijos por los ijares, porque este capitán pretendía acabar toda la generación de los Incas, para que él y su señor señoreasen más libremente; y después que hubo hecho esto, envió mensajeros a su señor Atahualpa, el cual estaba a la sazón preso, y dicen que envió a mandar que matasen luego a su hermano Huáscar, porque si lo viesen los cristianos no le diesen la vida y le tornasen a restituir en el señorío del Cuzco; lo cual, como fué hecho, sabida la certinidad de ellos por el Atahualpa, dicen que se estaba un día riendo y que le preguntó mirando en ello el gobernador Pizarro, de que se reía, el cual le dijo: "Yo te diré, señor: has de saber, señor, que mi hermano Huáscar decía que había de beber con mi cabeza; yo he bebido con la suya y ya me han traído su cabeza para este efecto, y tú beberás con la suya y con la mía; yo pensaba que no bastaba todo el mundo para conmigo, y tú con cien españoles me has prendido y muerto mucha parte de mi gente".

Ya hemos dicho cómo los españoles entraron en el Cuzco la vez primera, y echaron de la ciudad a todos los indios de la parcialidad de Atahualpa, y cómo aquellos capitanes de Atahualpa, Quisquis y Chalcuchima, salieron a los españoles como cinco o seis leguas del Cuzco, y a la subida de la cuesta de Villacunca les mataron cinco españoles; y ahora es de saber que como los naturales del Cuzco y su tierra estaban mal con Atahualpa y con su gente, que era venida de las provincias de Quito, que es más de quinientas leguas de él, favorecían a los españoles con todo cuanto podían; y los españoles, después de dejar recaudo de gente en la guarda del Cuzco, fueron en seguimiento de la gente de Atahualpa, y los echaron de toda la tierra del Cuzco, y prendieron al capitán general de Atahualpa, Chalcuchima y lo quemaron; y el otro capitán llamado Quisquis, con 15 ó 20,000 indios de guerra, fué atravesando toda la tierra y robándola, la vuelta de Quito, donde allí llegado, y habiendo algunos reencuentros con la gente de Benalcázar, que era capitán general de Quito, y con otros, se deshizo y desbarató todo en breve tiempo, y quedaron por entonces estos reinos en paz, digo de la guerra que los indios y gente de Atahualpa les daba, que por parte de los españoles por doquiera que caminaban y andaban se ardían; y la causa era que como no se contentaban del servicio de los naturales y pretendían robarles en cada pueblo, en muchas partes no las podían sufrir, y se comenzaban a alzar y caudillarse para defenderse de ellos, porque ciertamente en demasía les hacían malos tratamientos.

Tornemos ahora a los Gobernadores que estaban juntos en el Cuzco y habían de nuevo capitulado, y partido la hostia y tratado y concertado que Almagro y su gente hiciese el descubrimiento de Chile; sucedió en este tiempo que era, como hemos dicho, entrado el año de 35, aunque es menester traer el cuento de más atrás; es de saber, que cómo fueron muertos los dos señores que pretendían, cada uno, tener y mandar todos estos reinos, conviene a saber, Huáscar Inca y

Atahualpa, quedó la tierra sin señor.

El Marqués Pizarro, entendido esto, inquirió de los naturales el que había de ser su sucesor en el Cuzco y mandar la tierra; y fuéle traído un Inca que decían los indios que aquél era hijo de Huayna Capac, y que era el más principal y a quien venía la sucesión de estos reinos; y el Marqués lo hizo Inca y le dió la borla, el que se llamaba.....; era muy bien acostumbrado y mostrábase muy amigo de los españoles. Murió dentro de dos o tres meses que fué señor, y luego dende a pocos días, caminando el Marqués al Cuzco antes que le ganase, siete leguas antes que llegase a él, le salió al camino Manco, muchacho de hasta diez y seis años, que andaba huyendo de la gente de Atahualpa, porque no le matasen, y venía tan solo y desamparado que parecía un indio común, con sólo un pajecito, y sabido por el Marqués que era a quien le venía el señorío, le dió la borla y le hizo Inca y entró con él en el Cuzco por tal, y fue recibido de toda la tierra y tenido por Inca y señor natural; y era en gran manera querido y amado de todos, en tanto grado, que era cosa admirable, y llamábanle los del Cuzco **Inca muchacho**; u dondequiera que iba se movía toda la tierra a ir tras él y a le servir. Estando los Gobernadores en el Cuzco haciendo sus capitulaciones para los descubrimientos de adelante que había de osar Almagro, como dicho habemos, sucedió allí, como el Inca y algunos parientes suyos entendieron que entre los dos Gobernadores había grandes diferencias; así mismo se acordaron los señores del Cuzco a seguir unos a Almagro, otros a Pizarro, y unos con otros tenían grandes pláticas y diferencias entre sí sobre ello, y encendiéronse tanto, que el Inca mandó a un español, su amigo, que de noche fuese a casa de un hermano suyo, que era muy gran señor, y le matase, y luego fué hecho, y el Inca se velaba de noche y hacía que durmiese con los españoles de los de Almagro, porque aquella parcialidad seguía él.

Un tío del Inca, que se llamaba Pasca y otros hermanos e indios sustentaban la parcialidad de los Pizarro; y para remediar estas diferencias, los Gobernadores mandaron en sus casas llamar al Inca y a su tío Pasca y a otros principales, y para hacerles amigos les habló muy largo todo lo que les pareció convenía; a lo cual, como el Inca era tan gran señor y le parecía que su tío ni otro ningún indio por muy gran señor que fuese en su tierra, le había de hacer hablar, como lo hacían aquéllos con el favor del Marqués; lo cual entendiendo un hermano del Inca, que se llamaba Paulo Inca, dijo allí al Pasca y los demás: "¿Por qué vosotros os atrevéis a hablar del Inca vuestro señor, tan libremente y le decís lo que queréis con favor de los cristianos? Os podéis poner de rodillas delante de él y pedirle perdón de tan gran atrevimiento como habéis tenido, quereos igualar con su persona". Y éste habló estas cosas tan señaladamente y con tanto aire y autoridad, que el Marqués y los que presenten estaban miraron en ello y preguntó el Marqués que qué indio era aquél y qué aquel era lo que había hablado. Y fuéle dicho por el intérprete que allí estaba lo que había dicho a la letra que era hermano del Inca; y el Marqués se enojó de esto y le dió un bofetón, y pesóle de ello mucho al Inca, y, en fin, no se pudieron concluir las paces entre el Inca y sus deudos, y cada uno se fué a su posada. Y es de saber que aquel Paulo Inca, hermano del Inca, era un indio muy discreto y sabio y de mucho tono; fué con a las provincias y descubrimientos de Chile y pasó muchos trabajos en el viaje y sufriólos con buen ánimo; y, vuelto al Cuzco, le dieron las casas de Huáscar en que viviese, que eran las más principales casas del Cuzco, y le dieron un repartimiento de dos mil indios en la provincia de los Cañares, y mandaba el Cuzco y a todos los naturales de él. Murió cristiano y se mandó hacer una capilla donde se enterró suntuosamente y hubo servicio de españoles y su misa, y por la misma orden ha quedado su casa y memoria en el Cuzco, doctrina evangélica por la bondad de Nuestro Señor.

Quiero poner aquí una cosa que hicieron todos los naturales del Cuzco el día de su muerte, por ser cosa notable y de buena disciplina y ejemplo. Como supieron que había expirado, todos los indios de guerra, vecinos al Cuzco, con todas sus armas de flechas y lanzas y porras, cada uno con lo que servía en la guerra, se subieron a las casas del dicho Inca Paulo y la cercaron toda y se ponían encima de todos los altos y paredes, apoderándose de ella y dando grandes voces y grita, allende que todos los moradores del Cuzco lloraban a voz en grito; éstos se señalaron más y allí se estuvieron guardando la casa del dicho Paulo Inca hasta que le enterraron; y preguntados que por qué habían ocurrido allí aquellos indios de guerra en aquel tiempo, que serían hasta cuatrocientos o quinientos, dijeron que era costumbre del Cuzco que cuando moría el señor natural, porque con la alteración de la novedad no se metiese algún tirano en la casa del señor y se enseñoreasen de la mujer e hijos del señor y los matase, y tiranizase la ciudad y el reino, se reunían allí a estorbarlo y no se volvían a sus casas hasta que el hijo legítimo del señor muerto quedase señalado por señor universal del imperio; en el entierro de este señor lloraba toda la ciudad, cristianos e indios.

Estando las cosas en el estado que habéis oído, conviene a saber los señores del Cuzco en parcialidades y los Gobernadores apaciguados y conformes en lo exterior, sucedió que, vuelto el Inca a su casa, donde a dos o tres días fuéle dicho que el Marqués estaba enojado de él, y esto procedió de que el Marqués Pizarro tenía una lengua e intérprete, el cual amenazaba de palabra al Inca, porque sentía que no era amigo del Marqués y lo era del Adelantado Almagro; y

Almagro tenía otra lengua que se llamaba don Felipe, que era gran familiar y amigo del Inca, y entre estas dos lenguas había envidias y con sus pasiones alteraban los naturales, porque cada uno de ellos daba entender a los naturales que su señor era el Gobernador y el que había de permanecer; y como el Inca estuviese muy temeroso, tanto que, como ya he dicho, no osaba dormir solo en su casa sin guarda de algún español que le acompañase; un día, en anocheciendo, se ausentó de su casa, y se fue secretamente a la posada del Adelantado Almagro y se metió en su cámara, lo cual, entendido por los españoles y vecinos del Cuzco, van con gran alteración y róbale y saquéanle la casa e hicieronle gran daño, sin que se pudiese estorbar ni remediar, ni al Marqués se le dió mucho del robo. Aquella misma noche hizo saber Almagro al Marqués cómo el Inca, de temor de ciertas cosas que habían dicho las lenguas, se había venido de temor y metido debajo de su cama, que le suplicaba que no permitiese que al Inca se le pusiesen aquellos temores y que mandase castigar a los que le habían saqueado la casa, lo cual se disimuló y el Inca quedó bien alterado.

Acaecieron esta cosas en el mes de abril de 1535, cuando en el valle del Cuzco se cogían los maíces y sementeras, en la cual cosecha los señores del Cuzco tenían costumbre hacer cada año un gran sacrificio al Sol y a todas las huacas y adoratorios del Cuzco, por ellos y por todas las provincias y reinos, los cuales comenzó el Inca a hacer y duraron ocho días arreo, dando las gracias al Sol por la cosecha pasada y suplicándole que en las sementeras por venir, les diese buenos frutos, y aunque esto es abominable y detestable cosa, por hacerse estas fiestas a la criatura, dejado el Criador a quien se habían de hacer gracias debidas, es cosa de gran ejemplo para atender las gracias que somos obligados a dar a Dios, verdadero Señor nuestro, por los bienes recibidos, de lo cual nos descuidamos tanto cuanto más lo debemos.

Sacaban en un llano, que es a la salida del Cuzco, hacia donde sale el Sol en amaneciendo, todos los bultos de los adoratorios del Cuzco, y los de más autoridad ponían debajo de toldos de pluma, muy ricos y bien obrados, que parecían muy bien, y hacían de esta toldería una calle, que distaban la una toldería de la otra un gran tiro de herrón, en la cual distancia se hacía una calle muy ancha de más de 30 pasos, y en esta calle se ponían todos los señores y principales del Cuzco, sin intervenir señor alguno de otra generación; y éstos todos eran orejones muy ricamente vestidos con mantas y camisetas ricas de argentería y brazaletes y patenas en las cabezas, de oro fino y muy relumbrantes, los cuales hacían dos hilas, que cada una tenía más de trescientos señores; y en manera de procesión, los unos del un lado y los otros del otro, estaban muy callados y esperando a que saliese el Sol, y aún no había salido bien, cuando así como comenzaban ellos a entonar con gran orden y concierto un canto, entonándole con menear cada uno de ellos un pie, como cantores de canto del órgano, y como el Sol iba saliendo, más alto entonaban su canto.

El Inca tenía su tienda en un cercado con una silla y escaño muy rico y apartado un poco de la hila de éstos; y al entonar, levantábase con gran autoridad y poníase en el principio de todos y era él el primero que comenzaba el canto, y como él hacía, hacían todos; y ya que había estado un poco, volvíase a su silla y allí se estaba negociando con los que venían hacia él; y algunas veces, de rato en rato, iba a su coro y estaba un poco, y luego se tornaba; y así se estaban estos cantando desde que salía el Sol hasta que se encubría del todo, y como hasta el medio día el Sol iba saliendo, ellos iban acrecentando las voces, y de medio día abajo las iban menguando, teniendo gran cuenta con lo que el Sol caminaba; y en todo este tiempo le hacían grandes ofrecimientos en una parte, en un terraplén donde estaba un árbol, estaban indios que en un gran fuego no hacían sino echar carnes y quemarlas allí y consumirlas en el fuego, y en una mandaba el Inca echar cantidad de ovejas a los indios comunes y pobres a la rebatía, lo cual era cosa de gran pasatiempo.

A las ocho del día, salían del Cuzco más de 200 mujeres mozas, cada una con su gran cántaro nuevo, de más de arroba y media de **aca (chicha)** embarrado con su tapadera, las cuales todas eran nuevas, y con las mismas tapaderas nuevas y un mismo embarramiento, venían de cinco en cinco y con mucha orden y concierto, esperando de trecho en trecho, ofrecían aquello al Sol, y muchos cestos de una yerba que ellos comen y se llama **coca**, en su lengua, que es la hoja a manera de arrayán; y tenían muchas otras ceremonias y ofrecimientos que sería largo de contar: baste que ya, cuando a la tarde se quería ocultar el Sol, ellos, en el canto y en sus personas, mostraban gran tristeza por su ausencia y enflaquecían de industria mucho las voces; y ya cuando el Sol se entraba del todo, que se desaparecía a la vista de ellos, hacían una gran admiración, y, puestas las manos, le adoraban con profundísima humildad, y alzaban luego todo el aparato de la fiesta y se quitaba la toldería, y cada uno se iba a su casa y tornaban aquellos bultos y reliquias pésimas a sus casas y adoratorios, y así por la misma orden, vinieron ocho o nueve días arreo. Y es de saber que aquellos bultos de ídolos que tenían en aquellos toldos, eran de los Incas pasados que habían señoreado el Cuzco; cada uno tenía allí gran servicio de hombres que todo el día les estaban mosqueando con unos aventores de plumas de cisnes, de espejuelos; y sus **mamaconas**, que son como beatas, en cada toldo había como doce o quince.

Pasadas todas las fiestas, en la última llevaban muchos arados de mano, los cuales antiguamente eran de oro; y hechos los oficios, tomaba el Inca un arado y comenzaba con él a romper la tierra, y lo mismo los demás señores para que de allí



adelante en todo su señorío hiciesen lo mismo; y sin que el Inca hiciese no había indio que osase romper la tierra, ni pensaban que produjese si el Inca no lo rompía primero; y esto basta, en cuanto a las fiestas.

Pasadas estas fiestas y otras muchas cosas que sería largo proceso decir las, porque el Inca en aquel tiempo dió al Adelantado mucha cantidad de oro, y una hermana del Inca, que era la más principal señora que en estos reinos había, la cual se llamaba **Mama Chimpu**, hija de Huayna Capac, y de una hermana suya, a quien si fuera varón venía el señorío del Inca; dió a Almagro un hoyo donde tenía cierta argentería de plata y oro, que en la función metido y fundido, hecho barras, pesó veinte y siete mil marcos de plata; y sin esto dió a otro capitán, de las sobras de aquel hoyo, doce mil castellanos; y ni por eso esta pobre más honrada ni favorecida de los españoles, antes fué deshonrada muchas veces porque era muy moza y de gentil apostura, y se hinchó de bubas, hasta que al cabo, después en tiempos del Licenciado Vaca de Castro, se casó con un español vecino, y fué Nuestro Señor servido de que muriese cristiana y fué muy buena mujer.

Y de estas señoras del Cuzco es cierto de tener gran sentimiento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco, cuando los españoles entraron en él, había gran cantidad de señoras que tenían sus casas y sus asientos muy quietas y sosegadas y vivían muy políticamente y con muy buenas mujeres; cada señora acompañada de quince o veinte mujeres que tenía de servicio en su casa, bien traídas y aderezadas, y no salían de esto y con gran honestidad y gravedad y atavío, a su manera, y es la castidad de estas señoras principales creo yo que en el que había más de seis mil, sin las de servicio, que creo yo eran más de veinte las mujeres sin las de servicio, y **mamaconas** que eran las que andaban como beatas; y desde a dos años casi no se hallaban en el Cuzco y su tierra sino cada cual y cual, porque muchas murieron en la guerra que hubo y las otras vinieron las más, a ser malas mujeres. Nuestro Señor perdone a quien fué la causa de esto y a quien no la remedió pudiendo.

La primera cosa que hicieron los gobernadores después de haber capitulado y partido la hostia, fué que apregonaron en la ciudad del Cuzco que todas las personas que en él estaban que no tenía qué hacer, se apercibiesen para el descubrimiento de Chile que el Adelantado Almagro quería hacer, y luego, tras esto, el Adelantado pidió al Inca que le diese dos señores para que enviase adelante del Cuzco, para hacer el viaje y apercibiera a toda la tierra para que sirviesen a los españoles que habían de ir con él; y el Inca le dió a su hermano Paulo Inca, de que ya tratamos, **Vilaoma** que era él, que era como Papa que tenía a cargo todas las idolatrías de la tierra, los cuales envió el dicho Adelantado, delante de sí, en compañía de tres españoles de a caballo, y les mandó que no pasasen hasta las doscientas leguas; según los indios y caciques decían iban por cada repartimiento, pidiendo oro para el dicho Almagro, y así fué público y notorio y pareció, porque en una provincia de Tupisa, doscientas leguas del Cuzco, estuvieron esperando al Adelantado y tenían recogido cantidad de oro y plata, y esto fué así mismo gran principio de se alterar la tierra.

Así mismo envió al capitán Saavedra con todos los españoles que le quisiesen seguir, y dióle comisión para que conforme a la capitulación que había hecho con el Marqués, a las ciento y treinta leguas del Cuzco poblase un pueblo, si le pareciese, y desde allí comenzaron a ser los límites de su gobernación, el cual lo hizo así y paró en el pueblo de Paría, ciento y treinta leguas del Cuzco, y le vino allí toda la tierra del Collao, y de los Charcas, y le servían con gran voluntad, y con hasta ciento cincuenta hombres estuvo allí esperando lo que Almagro le mandaría.

El Adelantado Almagro, después que se vió en el Cuzco desarmado de su gente, temió el Marqués no le prendiese por las alteraciones pasadas que había tenido con sus hermanos, como ya hemos dicho; y dicen que por ser avisado de ello tomó la posta y se fué al pueblo de Paría, donde estaba su capitán Saavedra, y no paró allí, porque traía gran determinación de hacer el descubrimiento de Chile, y dejó mandado al capitán Saavedra que fuese en su seguimiento; y él con diez o doce de caballo se fue adelante por el camino real hacia las provincias de los Chichas, cuya cabeza era el pueblo de Tupiza, donde dijimos que le estaban esperando Paulo Tupac Inca y Vilahoma, y en el camino le vino posta del Cuzco que le enviaban que no le convenía hacer aquel viaje y descubrimiento, porque el Obispo de Panamá, Berlanga, había llegado a la costa del Perú y venía a partirle los límites de su gobernación con el Marqués Pizarro.

Y esto era verdad; pero como el Adelantado iba cebado por la codicia y la ambición de señorear grandes reinos por la noticia que le daban los indios falsos de la riqueza y gente de Chile, no tuvo en nada la tierra en que estaba, porque le siguiesen muy contentos y alegres en el dicho descubrimiento. Verdad es que algunas cosas castigaba y reprendía, pero eran muy pocas y con muy liviano castigo pasaba por todo.

Sacaron los españoles de lo poblado y términos del Cuzco para el descubrimiento gran cantidad de ovejas, ropa y naturales que llevaban; los que de su voluntad no querían ir con ellos, en cadenas y sogas atados, y todas las noches los metían en prisiones muy agrías y ásperas, y de día los llevaban cargados y muertos de hambre; lo cual entendiendo los naturales, no los osaban esperar en sus pueblos y dejábanles sus haciendas, mantenimientos y ganados, libremente, de lo

cual se aprovechaban; y cuando no tenían indios para cargar y mujeres para que les sirviesen, juntábanse en cada pueblo diez o veinte españoles o cuatro o cinco, los cuales parecían; y, so color que aquellos indios de aquellas provincias estaban alzados, los iban a buscar, y hallados los traían en cadenas y los llevaban a ellos y a sus mujeres e hijos, y a las mujeres que tenían buen parecer tomaban para su servicio; y más adelante que por nuestros pecados muy poca cuenta tenían, con si eran cristianas las indias o no, ni se trataba de tal cosa, y el que lo trataba fuera tenido por hipócrita si metiera mucho la mano en ello; casi no había viernes ni sábado, porque también se comía carne como en los otros días, y muy contados eran los españoles que tenían cuenta con esto; algunos españoles, si les nacían potros de las yeguas que llevaban, los hacían caminar en hamaca y en andas por los indios, y otros por su pasatiempo se hacían llevar en andas, llevando los caballos del diestro porque fuesen muy gordos.

He metido la mano tanto en esto y en que si por doquiera que pasaban no les servían los indios, y aún si los servían, si no les daban tanto recaudo como su voluntad les persuadía, hacían ranchar sus pueblos y les tomaban por fuerza todo lo que se les antojaba y les sacaban las mujeres y los hijos; y deshacían las casas para leña, si no les proveían de ella tanto como se les antojaba; y de esta manera iban destruyendo y arruinando toda la tierra, la cual se alzaba, y con estas cosas al español que hallaban desmandado de los otros le mataban; así mismo imponían los españoles a los indios de servicio que llevaban y a los negros, que fuesen grandes rancheadores y robadores, y el que era mayor rancheador era de más estima y valor, y el que no lo usaba era apaleado cada día, y el que tenía compañero español que no era gran rancheador, no lo podía ver y huía de su compañía, y si en el real había algún español que era buen rancheador y cruel y mataba mucho indios, teníanle por buen hombre y en gran reputación; y el que era inclinado a hacer bien y a hacer buenos tratamientos a los naturales y los favorecía, no eran tenidos en tan buena estima. He apuntado esto que ví con mis ojos y en que por mis pecados anduve, porque entiendan los que esto leyeren que de la manera que aquí digo y con mayores crueldades se hizo esta jornada y descubrimiento de Chile; y que de la misma manera se han hecho y se hacen todas las jornadas y descubrimientos de estos reinos, para que entiendan cuán gran destrucción es esto de estas conquistas de Indias por la mala costumbre que tienen ya de hacerlas todas; porque de esta manera no pueden descubrir una provincia sin destruir otra.

Prosiguió el Adelantado Almagro su viaje por el camino real del Inca que guía a las provincias de los Chichas y llegó al pueblo de Tupiza, donde halló a los Incas Paulo y Vilahoma, que le estaban esperando, y tenían recogido de la tierra, por donde habían venido, gran cantidad de oro y plata; y preguntado por los tres españoles de caballo que con los Incas había enviado del Cuzco, fuéle dicho que habían ido adelante y prosiguiendo el camino del Inca, que iba derecho a las provincias de Chile, y luego para ir en rastro y seguimiento de ellos, el Adelantado envió a mandar al capitán Saavedra, que dejaba atrás, que viniese con toda diligencia con toda la gente que tenía, el cual luego lo puso por obra; y no bien hubo llegado cuando partió de aquella provincia, que es doscientas leguas del Cuzco, ya sujeta, y se fué a un pueblo de frontera del Inca, donde le mataron seis españoles de a caballo; para hacer castigo, el cual se hizo aunque los indios desampararon el pueblo de noche estando cercados, y los españoles lo derribaron hasta los fundamentos y quemaron todo y le comieron cuanto tenía; y de allí partieron a la provincia de Chicoana; que es de los **Diaguitas**, y como tenían entera noticia de las cosas que los españoles iban haciendo, se alzaron de hecho y no le quisieron salir de paz, antes le hacían mucho daño, de manera que si algún español se desmandaba solo, lo mataban; porque es muy valiente gente la de esta provincia, y le mataron mucha gente de servicio.

Aquí vino al Adelantado un capitán con cincuenta hombres casi todos de caballo, y desde aquí a las provincias de Copiapó, que es en la costa del Sur, hay casi ciento y cincuenta leguas de despoblado, las cuales el Adelantado y su gente y campo pasó por harto trabajo; porque le faltó el mantenimiento y no hallaba pueblos donde poder reparar, y si algunos hallaban eran muy pequeños y no tenían para comer aun de presente. Pasó el Adelantado y su gente para pasar a los valles de Copiapó, un despoblado y puerto de trece jornadas; que cuando es tiempo de nieves es todo el camino nevado, hasta la rodilla donde menos hay nieve, y cuando no la hay, que era cuando pasó el Adelantado, hace tan gran frío que se murieron en una noche en el puerto, que es cinco jornadas de Copiapó, sesenta caballos y gran cantidad de piezas de servicio de los naturales de frío, y con este trabajo llegó al primer valle de Copiapó, y los naturales de este valle lo recibieron muy bien y le dieron de lo que tenían y se conformó, porque este valle tenía mucho maíz y ovejas de la tierra muy gordas; y reformado pasó adelante a otro segundo valle que se llamó Guasco, y asimismo halló todo refrigerio y lo mismo en el tercer valle, que es el que se llama de **Guaguinago**, que está poblado de cristianos ahora; aquí entendió el Adelantado que estos indios y los del segundo valle del Guasco, habían muerto a los tres españoles que él había enviado del Cuzco con los dos Incas, los cuales por codicia de ranchar, se vinieron hasta que por sus malas obras y malos tratamientos que hacían a los indios, según se entendió de los pueblos por donde pasaban, los mataron; y para castigarlos

por la muerte de estos tres españoles, juntólos todos en un aposento donde estaba aposentado y mandó cabalgar la gente de a caballo y la de a pie que guardaran las puertas y todos estuviesen apercebidos, y los prendió, y, en conclusión hizo quemar más de treinta señores, vivos, atados cada uno de un palo, y a los demás indios comunes repartió por esclavos, y luego se partió de aquí a las provincias de Chile, que estará cien leguas adelante, donde no hay casi poblado, y por sus jornadas llegó al pueblo principal de Chile, que se llamaba entonces Conchucagua, donde le estaba esperando toda la tierra, y tenían consigo un español que se había venido huyendo del Cuzco, solo, porque el Marqués le había afrentado y mandado cortarle las orejas, que se llamaba entre los indios Barrientos, con el cual se holgó el Adelantado y los españoles; y aún no se hubo bien informado de este español y sabido la pobreza de aquella tierra, cuando fué arrepentido él y casi todos los demás por haber venido y hecho aquel descubrimiento; y si no le fuera por el decir de las gentes, como dicen, se volviera desde a pocos días; pero por cumplir a lo que él decía con el Rey y con su compañero Pizarro envió un capitán a descubrir desde Chile adelante con setenta u ochenta de a caballo y veinte de a pie, y este capitán tardó en la ida y vuelta tres meses; y como no le pareció bien la tierra por no ser cuajada de oro, no se contentó de ella, y esta fue la causa que volvió tan brevemente; y en este tiempo vino al Adelantado otro capitán con más de cien hombres, el cual hizo la gente en esta ciudad de los Reyes; fué descubriendo por la costa hasta el valle de **Tacapala**, y de allí tomó la tierra adentro y fué a tomar el camino real a los Ulloacas, y siguiendo el rastro del campo del Adelantado pasó el puerto de Copiapó, donde así mismo perdió mucha gente.

Llevó éste a don Diego de Almagro consigo, hijo del Adelantado; así mismo, es de saber que es muy guardada esta costumbre en las Indias, que siempre los consejeros y amigos de los gobernadores les persuaden y aconsejan aquello que más hace a su caso y les parece que les conviene; dígolo, al efecto,, que les parecía a algunas de aquellas personas principales que si el Adelantado poblaba en aquella tierra de Chile, siendo, como era, tierra pobre, que siempre viviría en necesidad, y por todas vías le persuadían que se volviese a la tierra del Perú; y que, pues el Rey le daba aquella gobernación, que no la perdiese y que volviese a partir los límites con su compañero el Marqués Pizarro; y hubo persona que le dijo que mirase que si en aquel descubrimiento le tomaba la muerte, que su hijo don Diego quedaría después de sus días con sólo el nombre de don Diego; y estas cosas eran las que el Adelantado, algunas veces, loando estos pareceres y consejos decía, lo cual fué causa que vuelto el capitán que había enviado a descubrir, dió la vuelta, la cual no se pudo hacer sin gran destrucción de los naturales y tierra de Chile, porque, como se determinó de volver, dió licencia a todas sus gentes que rancheasen la tierra y tomasen todo el servicio que pudiesen e indios para cargar; y no quiero explicar lo que pasó en esto y qué tal quedó la tierra, porque por otras cosas que ya tengo apuntadas lo podrán sentir.

Ningún español salió de Chile que no trajese indios atados; el que tenía cadenas, en cadenas, y otros hacían sogas fuertes de cuero de ovejas y traían muchos cepos para aprisionarlos de noche; y tenían por costumbre, caminando, porque no se huyesen los tristes indios de llevarlos, a la vela, y poníanlos todos en un llano y velaban, y si alguno se movía inferían que quería huírse y dábanle, los que velaban, de palos; y estos que llevaban a la vela eran los que no tenían cepos y cadenas para echarles; y por causa de los grandes despoblados traían en los indios toda su ropa cada uno, y las camas en que dormían y más todo lo que habían de comer ellos y los caballos, y considerar lo que los indios que este trabajo traían y comían, no se podrá creer; baste que de día trabajaban sin descansar y no comían sino un poco de maíz tostado y agua, y de noche eran aprisionados bárbaramente.

Español hubo en este viaje que metió doce indios en una cadena, y se alababa que todos doce murieron en ella, y que cuando ya el indio había expirado, por espantar a los otros, y por no desaherrosarlos, le cortaba la cabeza por no abrir el candado de la cadena que llevaba con llave; tenían por ordinaria costumbre sin un triste indio cansaba o adolecía, de no dejarle de la mano hasta que muriese del todo, porque decían que si dispensaban a uno, que los demás se harían dolientes o cansados porque los dejasen, y hallaban que era esta una singular razón. En este viaje y negra vuelta a la tierra del Cuzco murieron mucha cantidad de indios e indias, especialmente en el despoblado de Atacama, que entonces descubrió el Adelantado, que es un arrenal de cien leguas donde hay muy poca agua y yerba ni cosa verde: en todo el despoblado no se halla sino en cuatro o cinco partes: antes que el Adelantado hubiese pasado este despoblado de Atacama, halló en el valle de Copiapó dos capitanes que le estaban allí esperando con hasta cien hombres, de los cuales el uno era Rodrigo Orgóñez, que era su capitán general y el otro Juan de Herrada, su mayordomo, el cual le llevaba las provisiones de gobernador, firmadas y selladas del Rey, con las cuales se holgó mucho, porque pretendía hacerse recibir por virtud de ella en la ciudad del Cuzco; y este era su principal fin de él y de sus privados y consejeros, porque allí les parecía que tenían mejor de comer que en otra parte, por ser los más ricos de estos reinos y más poblado.

Pasado el despoblado de Atacama, supo Almagro cómo el Inca se había alzado en el Cuzco y daba guerra a los españoles, y cómo toda la tierra estaba de guerra, dióse mucha prisa con esta nueva para descercar los españoles del Cuzco y

socorrerlos, y sin descansar casi día por la costa la vuelta de Arequipa, donde se reformó algún tanto; tomó la vuelta del Cuzco, donde le dejaremos para su tiempo por dar a entender cómo se hizo el alzamiento del Cuzco.

Es de saber, para que se entienda cómo fue este alzamiento, que como desde el Cuzco, Almagro se fué con toda la más gente al descubrimiento de las provincias de Chile, el Marqués Pizarro así mismo se salió del Cuzco y se fué a la Ciudad de los Reyes; y de allí se embarcó y se fué a visitar al pueblo de Piura y dejó por teniente del Cuzco a un hermano suyo; y como ya dijimos, el Inca estaba ya tan alterado por las cosas que le habían pasado con el Marqués y con los vecinos del Cuzco; y sucedió así mismo que le tomaron una india que él quería mucho y tenía por mujer, y así mismo veía cada noche robar la ciudad del Cuzco y dar en las casas de los indios, disfrazados, los españoles de noche y los robaban; quiso una vez ir del Cuzco hacia las provincias del Collao, diciendo que quería ir en busca del Almagro para ampararse en él porque le trataba bien; iban tras él y vuelve, y segunda vez lo tomaron y robaron cuanto tenía, que no le quedó cosa, y tuvieronle preso de esta vez muchos días, velábanle de día y de noche, y tratábanle muy afrentosamente, orinándole y durmiendo con sus mujeres. Estaba muy afligido.

En este tiempo envió el Marqués a su hermano Hernando Pizarro, que había venido de Castilla poco había en los despachos y provisiones de Almagro de gobernador, como ya se ha dicho, por teniente gobernador del Cuzco, e hizo a su hermano Juan Pizarro capitán general, y como Hernando Pizarro llegó al Cuzco y halló al Inca preso, lo soltó y lo puso en libertad contra la voluntad de sus hermanos y de los vecinos; el cual Inca, según fué público y notorio, le dió gran cantidad de oro y plata que tenía de su padre Huayna Capac, con tripas y todo, el cual el dicho Hernando Pizarro dicen que le había pedido, pidió licencia para ir de allí cuatro leguas a traerlo; y aún no hubo llegado allí cuando se alzó toda la tierra con él y contra la ciudad del Cuzco y desde a dos o tres días, pusieron cerco a la ciudad del Cuzco por todas partes, y así mismo envió a cercar la Ciudad de los Reyes; y toda la tierra, especialmente la sierra, se alzó y mataron cuatro o cinco capitánías de gente española que venían a la ciudad del Cuzco y otros muchos españoles que andaban derramados por la tierra, en los pueblos de los indios, unos caminando y otros rancheando, y otros estaban por estancieros, no haciendo a los indios mucho provecho, antes hartos daños, según se tiene por experiencia que éstos los saben hacer.

El Marqués, a la sazón que esto pasó, estaba en la Ciudad de los Reyes, y se defendió lo mejor que pudo, y después que los indios alzaron el cerco de sobre la ciudad, porque estaba asentada en llano y por causa de los caballos, no eran parte los indios para hacerles daño. Como cada día a la fama de la riqueza del Perú pasaba tanta gente, juntó un campo de 500 hombres y enviólo a la sierra en socorro de la ciudad del Cuzco, con el cual envió a Alonso de Alvarado que era capitán de los Chachapoyas, entonces por capitán general de él, el cual partió de esta ciudad de los Reyes en principio del año de y tardó 7 u 8 meses en llegar al Cuzco a socorrerla; y la causa, fué porque iba haciendo los más bravos castigos en la tierra por donde pasaba que él podía, tanto que según la destrucción parece que jamás se podrá quitar la memoria de ello; y en el entretanto que se socorrió, llegaba, así mismo el Adelantado por la otra banda del Collao y costa del sur venía, a más andar, a hacer el dicho socorro y dejemos aquí estos dos campos y toquemos cómo la ciudad del Cuzco se defendió del gran poder del Inca, lo cual se puede más atribuir a Nuestro Señor Dios, que, aunque seamos malos, no quiere dejarnos de su mano sino favorecernos hasta la muerte, porque nos enmendemos y reconozcamos siempre su gran omnipotencia, justicia y misericordia.

En el Cuzco, al tiempo que el Inca lo sitió, había 150 españoles, de éstos los 100 eran de a caballo, buena gente, animosa y de los 50 había algunos peones escogidos, aunque pocos, y los demás, gente inútil para la guerra, especialmente en los principios del cerco, que después adelante todos vinieron a tomar ánimo y aliento y fueron de provecho; los indios ganaron al Cuzco casi todo, de esta manera: que en ganando una calle iban haciendo una pared para que los caballos ni los españoles los pudiesen romper; y de esta manera fueron ganando por una parte de la ciudad de la parte más áspera que había, donde están las casas de Huáscar Inca hasta la plaza donde los españoles se recogieron todos y desampararon sus casas y haciendas, porque los indios no les dieron lugar a que sacaran cosa alguna; ¡tanta prisa le dieron! Pusieron fuego a todo el Cuzco junto y en un día ardió todo, como eran las cobijas de pajas, y era tanto el humo que casi los hubiera de ahogar y pasaron gran trabajo por esta causa; y si no fuera porque de la una parte de la plaza no había casas y estaba descombrado, no pudieran escapar, porque si por todas partes les diera el humo y el calor, siendo tan grande, pasaran trabajo; pero la Divina Providencia lo estorbó.

Después de pasado el humo, los indios les dieron continua guerra, 8 ó 10, y como allí se hicieron fuertes y se sustentaron, aflojaron los indios y se recogieron a sus fuertes y estábanse allí y desde allí peleaban los españoles procurando de ganarles las albarradas, y así, poco a poco, a pie a donde era menester, y a caballo, donde partida la gente en cuatro compañías, para que peleando los unos descansasen los otros, les fueron ganando poco a poco a los indios, como es gente inconstante y desarmada y de poca industria, lo que habían ganado y los hicieron desamparar el Cuzco y subirse a la

fortaleza y a los altos y padrastos y sierras que son sobre la ciudad.

Viéronse tan trabajados los españoles en este cerco, que hubo cabildo y votos para desamparar la ciudad e ir la vía de Arequipa por los llanos a la ciudad de los Reyes, donde estaba el Marqués, del cual tenían también sospecha si era vivo, porque sabían que el alzamiento era general en toda la tierra, y los indios les habían echado ciertas cabezas de españoles que habían muerto, en la plaza, y los indios que prendieron les decían que habían muerto todos cuantos españoles había en la tierra; y era esta fama fingida que el Inca mandaba echar por sus gentes; porque si los españoles prendiesen algunos lo dijese como él lo pretendía por desmayarlos, y ciertamente desampararan la ciudad sino fuera porque entre los hermanos del Marqués había alguna división y disconformidad; Juan Pizarro, que era capitán general, no venía en ello ni menos Gonzalo Pizarro, su hermano, aunque el teniente y regimiento habían votado por cabildo que sí que los hizo juntar, y daba que votasen, puesto que era cosa conveniente ir a socorrer al Marqués, si acaso era vivo y estaba en alguna necesidad; la dificultad que hallaban para poderse sustentar era que los indios tenían la fortaleza del Cuzco por suya, y las casas de Huáscar que están al pie de la fortaleza, que son dos fuerzas harto grandes y tenían por inexpugnable cosa podérsela ganar; porque la tierra hacía más fuerte a la fortaleza que de suyo eran, y los caminos tan angostos para ir a combatirlos, que no sabían qué remedio se dar; acordó este capitán Juan Pizarro, que cierto era animoso, de hacer toda la gente de a caballo que a él le pareció más conveniente y dejó en la ciudad recaudo para que la guardasen, y dando a entender a los indios que se iba a la Ciudad de los Reyes por el camino real del Inca, tomó su derrota, y caminando por algún trecho, descuidándose los indios de guardar sus albarradas y caminos que iban a la fortaleza, antes que los indios echasen de ver en ello, revolvió a la fortaleza y se subió a lo alto y se puso junto con ella peleando con los indios; llevaba algunas ballestas y arcabuces y sostúvose allí tanto, y tanta instancia hizo con los españoles que llevaba, que era buena gente, que los indios al tercer día desampararon la fortaleza y se huyeron y el Inca se retiró a un pueblo fuerte que se llama Tambo, que en el valle del Yucay, a 6 leguas del Cuzco; y los españoles pusieron un capitán en la fortaleza con gran ronda, recaudo y artillería, y desde entonces tuvieron mucho alivio y esperanza de ser alguna parte con los indios; aunque el Inca esperaba que viniese el verano para acaudillar 200 mil indios y dar otra vez de hecho sobre ellos, lo cual si hubiese efecto no pudiesen escapar; estorbó los socorros de gente digo, que venía al Cuzco, que eran grandes, porque Almagro traía 430 hombres y Alonso de Alvarado traía 500 hombres, toda muy buena gente bien aderezada y encabalgada.

El Adelantado Almagro y los suyos, después de haberse reformado algunos días en Arequipa, saliéndole la tierra de paz, caminó la vuelta del Cuzco, que es 70 leguas de esta provincia de Arequipa, llegó dos meses antes al Cuzco que Alonso de Alvarado; el Inca dió a entender que se holgaba de su venida y envióle mensajeros muchos y diversos, y escribíale cartas haciéndole saber la causa por que se había alzado, que es por las que se han dicho, y por otras muchas; quejábase mucho de los vecinos del Cuzco, diciéndole que le trataban mal e injuriosamente y le escupían y orinaban y le tomaban sus mujeres; y de Hernando Pizarro solamente decía que le había dado gran cantidad de oro, y que porque no tenía ya más que dar, se había alzado, y que él le quería venir de paz, porque le tenía por amigo y le quería mucho; que le enviase allí algún español, amigo suyo, porque le quería hablar, y Almagro le envió dos españoles y un lengua español que tenía muy bueno, que entendía muy bien a los indios; y llegados allí, los recibió bien, y estando con él y sabido desde el Cuzco cómo el Inca se carteaba con Almagro y trataba de venirle de paz, enviáronle un muchacho mulato al Inca que le dijese que de ninguna manera viniese de paz a Almagro, porque no era señor, porque el señor era el Marqués, y enviáronle a decir así mismo por cartas, y el Inca dió a leer la carta a los españoles de Almagro y le dijo: "Yo bien sé que éstos me escriben mentiras, porque Almagro es el señor y le ha de ser; pero quiero ver si vosotros osaréis cortar la mano al que trajo esta mensajería"; y dióles un machete y mandó a uno de los dos españoles que cortase la mano a aquél, los cuales se la cortaron y el Inca quedó muy satisfecho, y mandóles que se volviesen a Almagro y le dijese que él y algunos amigos suyos se viniesen a ver con él, que él les vendría de paz y les **mocharía**; y con este recado los dos españoles se volvieron y no vinieron muy satisfechos del Inca, porque les pareció que estaba muy desenvuelto y que andaba con cautelas, y así se lo certificaron a Almagro; el cual partió su campo en dos partes, y con la una y la mejor, que sería hasta 200 hombres de caballo, fué a verse con el Inca al valle de Yucay, y la otra dejó en un pueblo que se llamaba Urcos aposentados, que está seis leguas del Cuzco. Sabido por los vecinos del Cuzco que Almagro había dividido su campo, salieron del Cuzco con mano armada y a punto de guerra y fueron a Urcos, y sabido por la gente del Adelantado que allí estaba, hicieron dos escuadrones, de caballo el uno y el otro de infantería, salieron de su aposento, salieronles en un llano a presentar la batalla, la cual los Pizarro esperaban y habláronse los corredores unos con otros y se preguntaron muchas cosas, y se persuadieron los unos a los otros que se pasasen, especialmente Hernando Pizarro que venía con los del Cuzco, dijo al capitán de Almagro que se pasase de su parte, y que le daría muy bien de comer; de lo cual el capitán del Adelantado se desabrió mucho, y si ésto no pasara, ya que quería anochecer, que no se veían los unos a los otros, no dejara de haber

entre ellos rompimiento.

Hernando Pizarro, temiendo que el Adelantado, que era ido al Inca no se le entrase en la ciudad, se fué aquella noche y llegó muy brevemente al Cuzco, y dió orden cómo defender la ciudad del Adelantado. El Adelantado Almagro entró en el valle de Yucay, donde el Inca le había de salir a ver; este valle es muy fértil, y lleva por todo él un río, que en el invierno es grande y bien caudaloso y pásase con dificultad y de la una parte y de la otra del valle hay grandes y bien altas sierras.

Almagro, como entró en el valle, pasó el río con harta dificultad y con ayuda de balsas y se fué a aposentar en un llano donde había un pueblo con unos aposentos del Inca; el Inca, como sintió que Almagro tenía pasado el río, echóle ciertas guarniciones de gente de guerra por el alto de las sierras, y en este tiempo Almagro le había enviado dos españoles al Inca rogándole que, pues eran tan amigos y sabía que le amaba tanto, se viniese a ver con él; los cuales el Inca detuvo y sintiendo Almagro que le cercaba el Inca, hizo pasar el río lo más presto que pudo, y no pudo hacerlo tan fácilmente que los indios de guerra no les daban harta prisa y les hacían harto daño, a los cuales con dos o tres celadas que les echó donde les mató algunos indios, les hizo aflojar algo.

Los indios mataron el caballo al capitán general de Almagro, llamado Rodrigo Orgóñez; y ya como el Adelantado se iba, como hubiese prendido cuatro vecinos del Cuzco que vinieron a correr y espiarle, y el Inca lo supiese y le enviase a decir que bien sabía que aquellos eran sus enemigos capitales, que los matase luego y él no lo quería hacer, el Inca le envió decir que era mentira todo cuanto con él trataba y que entendía que tenía miedo a los vecinos del Cuzco y a los Pizarro; y que conocía que era verdad lo que le habían enviado decir desde el Cuzco de él, que no era señor y que se guardase de él, que también le había de dar guerra como a los demás; y de esta causa y de que era el Inca muy cauteloso, le echó las guarniciones pensando de desbaratarlo con la aspereza de la tierra.

Almagro se volvió a su real y tomó la vuelta de la ciudad del Cuzco, y a vista de ellas muy cerca, y tanto que se hablaban los unos a los otros. Los vecinos se pusieron en armas por mandato de Hernando Pizarro y algunos vecinos de secreto se enviaron a ofrecer al Adelantado Almagro por estar mal con Hernando Pizarro. El Adelantado caminó aquel día por el valle del Cuzco; donde había dejado su real, y paró tres leguas del Cuzco y envió a llamar toda su gente, la cual en el otro día siguiente fué con él; y aquella tarde le envió a decir Hernando Pizarro que él había sabido cómo venía y que le hacía saber que si pensaba entrar en el Cuzco como vecino, que él le haría todo placer y servicio; pero que si como gobernador, queriendo usar de las provisiones que tenía como ya otra vez lo había intentado, que se le había de defender con la lanza en la mano; a lo cual Almagro respondió que él venía a socorrerlos, porque estaban cercados, y también traía provisiones del Rey en que le hacía gobernador de aquella ciudad, que le constaba que estaba dentro de los límites que le pertenecían; que él presentaría sus provisiones en el cabildo y que si fuese justicia y al cabildo le parecía que debía cumplir lo que su Majestad mandaba, que él no tenía razón de estorbarlos; y con esta respuesta se fueron aquella tarde aquellos mensajeros; y otro día de mañana el Adelantado mandó caminar su campo, que eran por todos cuatrocientos treinta hombres, la mitad de pie y la otra mitad de caballo, y hechos dos batallones, llegó a la ciudad y pasó por junto a ella rodeándola por una parte, y se fué a aposentar por la parte de arriba junto a la plaza del Cuzco, donde ahora es el monasterio de San Francisco, de manera con un arcabuz se pasaría la plaza fácilmente: solamente había el tiangues y el río en medio.

Hernando Pizarro tenía toda la gente del Cuzco muy a punto para resistir la entrada de la ciudad; llegado el Adelantado envió con las provisiones de gobernador a dos personas de su campo al cabildo, rogándoles que hiciesen ayuntamiento: los cuales, aunque contra la voluntad de Hernando Pizarro, se juntaron, y vistas las provisiones y examinadas, respondieron inmediatamente que si el Cuzco caía en los límites de su gobernación, que conforme a lo que S. M. mandaba, lo recibirían por gobernador, y los solicitadores respondieron que darían información bastante de ello y el regimiento mandó que la diesen, y que si fuese bastante harían lo que S. M. mandaba; y luego los solicitadores del Adelantado buscaron pilotos y hombres de la mar que había allí y los presentaron por testigos en el cabildo, y haciéndose esta información así mismo se asentaron treguas con Hernando Pizarro, las cuales pidió él y el Adelantado se las concedió; con que no innovase en lo de la ciudad en deshacer los puentes que estaban hechos ni fortificarse más de lo que estaba, y de esta manera pasó aquel día y otro en los cuales llovió mucho; y el aposento, donde estaba el Adelantado y los suyos, estaba hecho una ciénaga.

Fuése dicho una noche al Adelantado cómo Hernando Pizarro mandaba deshacer a mucha prisa los puentes, y sabido por los Almagros, apercíbense y por tres o cuatro partes acometen a entrar a la ciudad, la cual fácilmente ganaron; porque Hernando Pizarro solamente guardaba sus casas y allí tenía toda su gente, y a la puerta tenía un tiro de artillería y sus rondas y sobrerondas, y entraron. Así mismo le ganaron las casas y se las entraron y le cercaron a él, y a su hermano Gonzalo Pizarro en un galpón muy grande, hecho del tiempo del Inca, con la cubierta de paja, y desde allí pelearon los unos con los otros más de dos horas; y Hernando Pizarro en ninguna manera se quería dar por persuasiones ni

amonestaciones que le hacían, y entre otras cosas que respondió decía que primero se osaría pelear con su hermano Gonzalo Pizarro que se diese; en conclusión, que nunca se quiso dar hasta que el capitán Rodrigo Orgóñez mandó que pusiesen fuego al galpón, y presto comenzó a arder y en muy breve tiempo hizo gran claridad, y Hernando Pizarro y su hermano se hallaron casi solos, porque los más vecinos y soldados que con él estaban, se le salieron por la culata del galpón; según el gran fuego que había, corrieron riesgo los que estaban dentro, si los Almagros no entraran, habiendo ya Hernando Pizarro y su hermano pedido paz, y sacáronlo con mucha dificultad, y ningún deshonor otro le fué hecho; y otro día, en amaneciendo, mandó Almagro juntar el regimiento, y concluida la información de los límites, conforme a ella, porque les pareció entonces bastante, lo recibieron por Gobernador del Cuzco; y luego de los oficios de la ciudad los que le pareció, y gobernó de allí adelante teniendo a Hernando y a su hermano Gonzalo Pizarro detenidos en las casas del sol, con una compañía de guarda que los guardaban de día y de noche.

Hecho esto, trataba de ir a verse con el Inca y darle guerra, porque le traía con cautela dilatando la venida, enviándole mensajeros que vendría de paz, lo cual era por entretenerle, y estando ya para partir, tuvo aviso cómo el Inca se había retirado de allí hacia unas montañas que se dicen los Andes, que es tierra muy trabajosa de andar y muy áspera, donde los caballos valen poco, por cuya causa, por entonces cesó la conquista del Inca; envió Almagro de los naturales a ver aquel asiento de Tambo donde el Inca había estado, el cual era fortísimo, y trajéronle dinero y cantidad de ropa de Castilla, que el Inca tenía de la que habían cogido de los españoles que había mandado matar, la cual Almagro mandó repartir por su gente que venía muy desnuda del viaje de Chile.

Este Manco Inca, señor del Cuzco, como entró en el señorío tan mozo, que sería hasta de diez y ocho años cuando le dieron la borla, hizose tan vengativo y encrudelecióse tanto contra los suyos, que esta fué causa que no destruyesen a los españoles por ventura; porque mandó que universalmente que a todos los indios e indias al servicio de los españoles, les matasen; y era esto porque los naturales habían recibido de ellos muy grandes vejaciones y robos, porque ningún daño mandaban hacer los españoles que estos indios de servicio no los ejecutaban, como si fuera contra enemigos capitales; y de esta causa el Inca los quería matar a todos juntamente con sus amos, y entendido esto por los indios de servicio de los españoles, al principio de la guerra, iban y acudían al Inca; y de que entendieron que los mandaban matar y que los ahorcaban a todos, volviéronse a servir a los españoles, y ayudáronle éstos en la guerra a los españoles, y buscándoles de comer y trayéndoles yerba para los caballos, lo cual les aprovechó mucho para su sustentación, así mismo se hizo este Manco Inca tan cruel, que ningún hermano suyo salió de sus manos vivo, que a todos les mató, no fiándose de ellos; y con una espada que tenía acaeció muchas veces matar cantidades de indios con pura ira que tomaba, y de esta causa temíanle los indios más a él que a los españoles, y así fué este argumento para que más presto y con más facilidad viniese la tierra de paz.

Como los naturales de la tierra sintieron que al Inca se le menguaban las fuerzas y se había retirado a las montañas, vinieron finalmente de paz los más de ellos y traían grandes provisiones al Cuzco para comer, y comenzaban ya a servir y a reconocer a sus encomenderos, como solían antes. Pasadas estas cosas, el Adelantado Almagro, como ya dijimos, traía consigo a Paulo Tupac Inca, orejón, hermano del Inca, por ser buen indio, cuerdo y bien disciplinado; y que el Inca no perdonaba ningún hermano suyo, le mandó dar la borla del Inca y mandó a todos los indios del Cuzco que le obedeciesen por señor, como lo habían hecho a los señores pasados, que por ser Manco Inca rebelde, cruel y tirano y matar su gente, le quitaba el señorío y lo daba a Paulo Tupac, por ser bien inclinado y servidor del Rey, habiendo servido tan bien en el viaje y descubrimiento de Chile; y pudiéndose huir muchas veces, no solamente no lo hizo, pero aún fue parte para que los naturales de la tierra no se alzasen y viniesen de paz. Estando de esta manera, que habéis oído el Adelantado Almagro, gobernando el Cuzco, supo de este Paulo Tupac que tenía grandes espías por todos los caminos, y cualquier cosa que pasaba se la venían a decir, cómo venía de la Ciudad de los Reyes un capitán, con mucha gente y que serían hasta 500 hombres de a pie y a caballo y que estaban como a 20 leguas del Cuzco en el camino real, lo cual sabido por Almagro, mandó apercibir toda su gente, que serían hasta 400 hombres, y salióse a la hora del Cuzco, y se va la vuelta de donde venía aquel capitán, y 12 leguas del Cuzco esperóle en un paso muy dificultoso que es en el río y puente de Apurímac, par, en subiendo allí, tomarlos a todos y con persuasiones y palabras darles cuenta de cómo él era Gobernador del Rey, que lo tuviesen por bien, porque no se alterasen y se volviesen al Marqués Pizarro y le idignasen de manera que con ellos y con otros muchos no viniese a querer romper con él, y ello se hiciera así; porque así que le escribiesen los Pizarros diciéndole que se diese prisa porque más presto los pudiesen tomar, por el ardid ya dicho, y el Alonso de Alvarado, recibidas las cartas, lo ponía ya por la obra si no fuera por un peón suelto que se le huyó del Cuzco y le fué a avisar, diciendo que mirase lo que hacía, que era cautela lo que le escribían los Pizarros, diciéndole que se diese prisa, que no podían otra cosa hacer porque estaban presos, y de la misma manera los quería a ellos prender Almagro.

Lo cual sabido por aquellos españoles, cuyo capitán era Alonso de Alvarado, se alteraron en gran manera del engaño, con que Almagro los quería tomar, especialmente el capitán Alonso de Alvarado, mandó guardar el río y el puente de Abancay; hízose allí fuerte, de lo cual Almagro fué avisado y a la hora partió de donde estaba y fué sobre él al río y hallóle tan fuerte que le pudo entrar, y si ambos los campos se vieran en tierra llana, sin duda hubiese entonces rompimiento; y Almagro le envió cuatro a cinco caballeros de su campo para que hablasen a Alonso de Alvarado, y le requiriesen a él y a todos aquellos españoles para que se deshicieran o se fuesen al Marqués Pizarro; los cuales cuando les leían las provisiones cerraban los oídos por no oírlas y decían palabras injuriosas contra el Adelantado y contra los que las llevaban, y el capitán Alonso de Alvarado mandó prender a los caballeros que le fueron a hablar y requerir que deshiciese el campo o se fuera de allí; lo cual sabido, luego que supo la entrada al Cuzco, despachó doce de a caballo que con toda diligencia fuesen a dar aviso al Marqués de lo que pasaba, y cómo Almagro tenía a sus hermanos presos y los iba a descabezar y otras muchas cosas que compusieron para afear el caso de la entrada del Cuzco, y respondía a los mensajeros de Almagro que él esperaba respuesta del Marqués y no partiría de allí sin saberla, y que no los soltaría hasta que el Adelantado le diese a trueque de ellos a los hermanos del Marqués, Hernando y Gonzalo Pizarro.

Almagro, de esta vez que vino, no hizo cosa, antes se volvió al Cuzco porque le dijeron que Alonso Alvarado era ido por otro camino, a la ligera, a soltar los hermanos del Marqués; llegado al Cuzco, como supo que era burla, tornó a partir lo mejor apercibido que pudo y llegó al río otra vez e hizo sus requerimientos al dicho Alonso de Alvarado, el cual pidió tregua para acordar lo que debía de hacer, y era esto por dilatar y también porque en su campo había algunas personas amigas de los Almagros y temíase de ellos; de los cuales fue avisado el Adelantado Almagro que rompiese con Alvarado, que tenía muchos amigos, y señaláronle algunos que eran principales personas. El capitán Pedro de Lerma y sus amigos eran éstas; y Alonso de Alvarado le quiso cortar la cabeza y fué avisado y huyóse, y de esta manera se escapó.

Entendido esto, Almagro alzó las treguas una tarde, haciéndole saber a Alonso de Alvarado que si no se le entregaba o se iba, que no podía dejar de romper con él, porque le tenía presos los mensajeros, y por el desacato de no querer obedecer las provisiones reales; y luego comenzó a jugar la artillería de ambas partes y a amenazarse los unos a los otros, y como tenían el río en medio, no se podían hacer daño, porque la tierra era agrísima y si no era por el camino real de Huayna Capac, no se podía andar, y el río no se podía pasar sino por un puente de criznejas, hechas de mimbres; y había un vado harto trabajoso, en el cual tenía el capitán Alonso de Alvarado el escuadrón de su infantería, y estaba tan fuerte, que más no podía ser en aquel lugar; y Almagro mandóles dar grandes gritos a los indios naturales y hondearlos todo el día y la noche con piedras y desvelólos con esto.

Al cuarto del alba hizo acometer al río a la gente de a caballo y por el vado, antes que los contrarios entrasen en fuego ni hiciesen el escuadrón; con muy poca resistencia pasó, y como los de Alonso de Alvarado salieron, entraron, desmayaron, y al alba ya que era de día claro, los iban rindiendo a todos, y tomándoles las armas y caballos, y prendiendo a Alonso de Alvarado y todos los demás; y hecho este rompimiento, el adelantado Almagro se fué al Cuzco con toda aquella gente, mandando volver a los Pizarros las armas y caballos; por hacerse amigos de ellos los trataba muy bien y les daba muchas cosas, aunque esto le aprovechó poco.

Llegado al Cuzco, luego ordenó enviar trescientos hombres a hacer la guerra a Manco Inca, y fué con ellos el capitán Rodrigo Orgóñez, su capitán general; pensando que si prendía y desbarataba al Inca, haría mucho en sus negocios, así para con el Rey como con la tierra; el cual siguió al Inca veinte leguas y le tomó toda la gente que tenía, y sólo el Inca con su mujer se escaparon, y todavía los prendieran, si la guerra no estuviese ya trabada entre los Gobernadores, porque, ya que había hecho el alcance al Inca y andado tras él, le envió con mucha prisa Almagro a llamar, haciéndole saber que su compañero el Marqués, le había enviado mensajeros, diciendo que se sentía por muy agraviado y sentido y afrentado de que así se entrase en el Cuzco y le prendiera a sus capitanes; y es de saber que el Marqués Pizarro usó de una cautela con el Adelantado Almagro, que, so color de tornar a capitular con él, pidiéndole que se partiesen de las gobernaciones, y que se soltasen sus hermanos, envió al Cuzco ciento cincuenta hombres, y algunos de ellos iban no a otro efecto sino para hablar a Alonso de Alvarado y a los hermanos del Marqués y a las demás gentes de los Pizarros, para que, habiendo oportunidad, se pasasen al Marqués y se huyesen; y así pareció, porque cada día se huían del Cuzco gentes para el Marqués, y los que no se huían, jamás les podía hacer Almagro que le sirviesen en aquella guerra, ni menos a los vecinos del Cuzco; por manera que antes se hizo Almagro daño con la entrada del Cuzco y con la batalla de Abancay, y así mismo le dañaban mucho los suyos, que con la soberbia que habían cobrado de los rompimientos hechos por ellos, trataban mal de palabras a los vencidos y los indignaban, lo cual fué causa de su muerte y perdición.

Los mensajeros que el Marqués envió al Adelantado fueron el Licenciado Espinosa, vecino de Tierra Firme, el Licenciado de la Gama y el factor Illán Suárez y un Hernán González, que era vecino de la Ciudad de los Reyes, y con ellos otros



cincuenta hombres más; y como llegaron al Adelantado Almagro, los recibió con mucha fiesta y luego trataron de capitular por virtud del poder del Marqués que para ello traían, y hecha la capitulación hoy, se desbarataba otro día y anduvieron en esto más de diez días, y en la última capitulación que del todo se certificaron las paces entre los gobernadores, estando todo asentado y todos muy regocijados por las capitulaciones hechas; traía este Hernán González poder secreto sobre todos los demás, para revocar todo cuanto los demás hiciesen, el cual como entendió que las cosas estaban de aquella manera, presentó su poder y por virtud de él tornó a deshacer cuanto hasta allí se había tratado; fué avisado el Adelantado de la cautela y, aunque veía que cada día se le huía gente, no se le daba mucho.

Ultimamente venía un juez con estos mensajeros, que se decía Fuenmayor proveído por la Audiencia de Santo Domingo, para que si entre los gobernadores hubiese alguna diferencia sobre estas gobernaciones, se pudiese él entremeter entre ellos y requerirlos que no diesen lugar a rompimientos y muertes; y notificó al Adelantado que no saliese del Cuzco ni fuese a la Ciudad de los Reyes, como quería ir y estaba de partida, so color de llevar el oro y plata del Rey, al cual el Adelantado mostró mala cara y respondió desabridamente, no haciendo caso de lo que le notificaba, diciendo que lo que él quería hacer era servicio del Rey, porque él quería llevar el oro y plata de S. M. para que se embarcase y así mismo para verse con su compañero y darle a sus hermanos y ganar con él las gracias que los mensajeros que él había enviado habían de ganar; y porque este Fuenmayor le pidió a Hernando Pizarro y se le mostró muy favorable, le dijo que venía cohechado del Marqués y otras cosas de esta suerte ásperas, y con este último negocio de esta notificación se fueron los mensajeros la vuelta de los llanos a dar cuenta al Marqués Pizarro de lo que había negociado.

Y es de saber que cuando Almagro desbarató el campo de Alonso Alvarado, el Marqués con más de 400 hombres estaba en la Nasca, que es en los llanos, 50 ó 60 leguas de allí donde fué el desbarate, el cual, sabido, temiendo que el Adelantado no fuese a dar con él, se retiró a Lima con muy grande presteza; y llevó consigo toda la gente que tenía y los que se venían del Cuzco huyendo, y solamente usó de aquel ardid de enviar aquellos mensajeros al Cuzco a tratar con Almagro para sacarle mucha parte de la gente que le sacó, y entender la manera que tenía de campo para armar sobre él y desbaratarle. Es de saber que los soldados que se iban huyendo del Cuzco al Marqués, iban diciendo tantas abominaciones de los de Almagro e indignaban tanto a toda la tierra contra el Adelantado, que ninguno venía a la tierra en aquel tiempo que le quisiera ir a servir; y por esta causa su gente y campo iba disminuyendo en cada día, y aunque tuvo en el Cuzco 1,200 hombres juntos, jamás pudo hacer campo que pasase de 400 hombres y los demás se le iban cada día y se iban a pendón herido, a servir al Marqués Pizarro.